

Izquierda Teoría y praxis

#8
Abril 2024

**¿Gobiernos populares,
progresistas,
de izquierdas o
populistas?**

SEGUNDA PARTE

PARTICIPAN EN ESTE NÚMERO

Jorge Viaña Uzieda
Reinaldo Iturriza López
Caridad Massón Sena
Ana Vera Estrada
Irene León
Isabel Rauber
Ana Jemio

Boletín del
Grupo de Trabajo
**Izquierdas y luchas
sociales en América
Latina**



PLATAFORMAS PARA
EL DIÁLOGO SOCIAL

Izquierda : teoría y praxis no. 8 : ¿gobiernos populares, progresistas, de izquierdas o populistas? / Jorge Víaña Uzieda ... [et al.] ; Coordinación general de Isabel Rauber; Marcelo Langieri ; Ana Sofía Jemio. - 1a ed - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : CLACSO, 2024.

Libro digital, PDF - (Boletines de grupos de trabajo)

Archivo Digital: descarga y online

ISBN 978-987-813-783-4

1. Democracia. 2. Hegemonía. 3. Populismo. I. Víaña Uzieda, Jorge II. Rauber, Isabel, coord. III. Langieri, Marcelo, coord. IV. Jemio, Ana Sofía, coord.

CDD 306.2

PLATAFORMAS PARA EL DIÁLOGO SOCIAL



CLACSO

Consejo Latinoamericano
de Ciencias Sociales

Conselho Latino-americano
de Ciências Sociais

Colección Boletines de Grupos de Trabajo

Director de la colección - Pablo Vommaro

CLACSO Secretaría Ejecutiva

Karina Batthyány - Directora Ejecutiva

María Fernanda Pampín - Directora de Publicaciones

Equipo Editorial

Lucas Sablich - Coordinador Editorial

Solange Victory y Marcela Alemandi - Producción Editorial

Equipo

Natalia Gianatelli - Coordinadora

Cecilia Gofman, Marta Paredes, Rodolfo Gómez, Sofía Torres,

Teresa Arteaga y Ulises Rubinschik

© Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales | Queda hecho el depósito que establece la Ley 11723.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su almacenamiento en un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio electrónico, mecánico, fotocopia u otros métodos, sin el permiso previo del editor.

La responsabilidad por las opiniones expresadas en los libros, artículos, estudios y otras colaboraciones incumbe exclusivamente a los autores firmantes, y su publicación no necesariamente refleja los puntos de vista de la Secretaría Ejecutiva de CLACSO.

CLACSO

Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales - Conselho Latino-americano de Ciências Sociais

Estados Unidos 1168 | C1023AAB Ciudad de Buenos Aires | Argentina. Tel [54 11] 4304 9145 | Fax [54 11] 4305 0875

<clacso@clacsoinst.edu.ar> | <www.clacso.org>

Coordinadoras/es del Grupo de Trabajo

Pablo Pozzi

Secretaría de Investigación y Posgrado,

Facultad de Filosofía y Letras

Universidad de Buenos Aires

Argentina

pozziapablo@gmail.com

Mauricio Archila

Fundación Centro de Investigación y

Educación Popular

Colombia

marchila@cinep.org.co

Viviana Bravo Vargas

Departamento de Investigación y Postgrados

Universidad Academia de Humanismo

Cristiano

Chile

vivianabravo@gmail.com

Coordinadores del Boletín #8

Isabel Rauber

irauberphd@gmail.com

Marcelo Langieri

marcelo.langieri@gmail.com

Ana Sofía Jemio

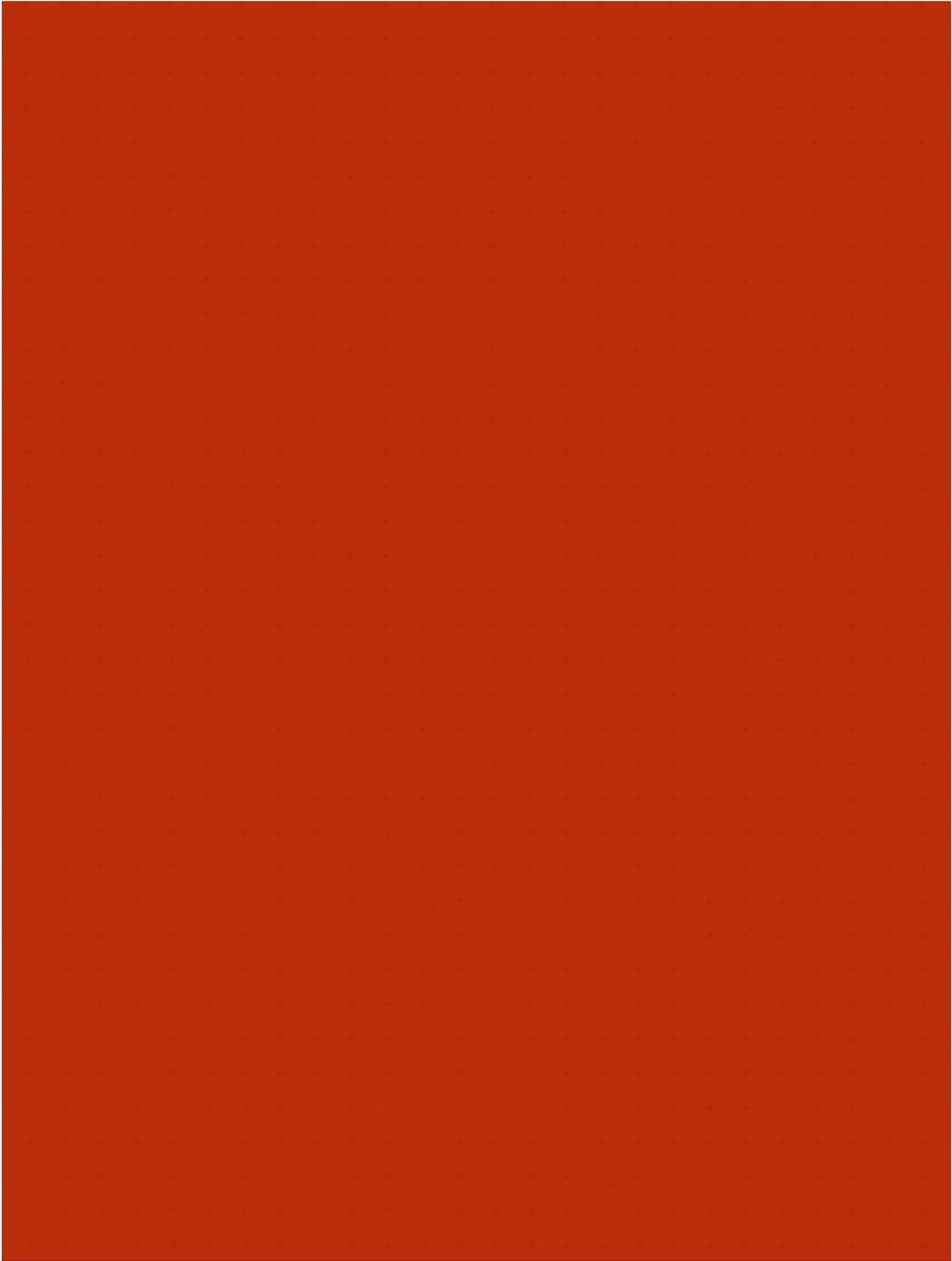
ajemio@untref.edu.ar





Contenido

- 5** Prefacio
Isabel Rauber
Marcelo Langieri Ana Jemio
- 7** Caracterización de la lucha política y del gobierno de Evo Morales en Bolivia 2000-2019
Jorge Viaña Uzieda
- 20** Democracia y hegemonía en tiempos de Hugo Chávez Frías
Reinaldo Iturriza López
- 52** Notas sobre populismo y actualidad del concepto en el sistema político cubano
Ana Vera Estrada
Caridad Massón Sena
- 62** Ecuador: entre la revolución del Buen Vivir y el autoritarismo del capital
Irene León
- 73** Las izquierdas y los retos del tiempo histórico actual
Factores insoslayables
Isabel Rauber
- 96** Reseña
Populismo: una perspectiva latinoamericana
Ana Jemio
- 





Prefacio

Isabel Rauber
Marcelo Langieri
Ana Jemio

Este boletín surge como consecuencia de una serie de intercambios ocurridos en las reuniones virtuales del Grupo de Trabajo en torno al quehacer de los gobiernos populares, progresistas, de izquierdas o populistas actuales o recientes del continente.

Algunas de las preguntas que atravesaron aquellos intercambios y que animaron la construcción de este boletín fueron: ¿Puede definirse como populistas a los actuales gobiernos populares, progresistas nacionalistas o de izquierdas del continente? ¿Cuáles serían los elementos, factores, características o proyecciones estratégicas que fundamentan una definición u otra? ¿Cuáles serían las diferencias y similitudes entre las características de las políticas de tales gobiernos? ¿Son de izquierda los actuales gobiernos tachados de populistas? ¿Son los llamados movimientos populistas de América Latina complementarios o enemigos de los partidos tradicionales de izquierda? ¿O, más bien, constituyen un nuevo tipo de izquierda, autóctona, original y anclada en las realidades del subcontinente, frente a aquellas ideologías surgidas en la Europa del siglo XIX? ¿Cómo identificar/definir a la izquierda hoy en América Latina?

En aquellos intercambios se entrelazaron, por un lado, intentos de caracterizar estas experiencias en sus alcances, limitaciones y perspectivas con el objetivo de identificar problemáticas y desafíos para el pensar-hacer de las izquierdas del continente, particularmente aquellas que son o

han sido partícipes, en mayor o menor medida, de las experiencias analizadas, más aun teniendo en cuenta el retorno de las viejas o nuevas derechas a algunos gobiernos de la región movidos por la revanchismo, el empleo de medios renovados de sumisión de los pueblos, la humillación colectiva y el saqueo de los recursos naturales.

Por otro lado, se retornaron discusiones sobre categorías esencialmente conflictivas, que han sido debatidas por largas décadas desde distintas tradiciones teóricas y que son imprescindibles para cualquier análisis sociohistórico: populismo, progresismo, izquierda e, incluso, fascismo.

Reflejo de ello es este boletín, estructurado en dos tomos. El primero, recoge una serie de debates teóricos, conceptuales e históricos en torno a la noción misma de populismo y cierra con un artículo que construye una problematización histórica de esta temática para América Latina. Abre paso, así, al segundo tomo que está dedicado a la caracterización sociohistórica de diferentes procesos nacionales, centrándose en los gobiernos de Evo Morales en Bolivia, Hugo Chávez en Venezuela, el proyecto de la Revolución Ciudadana en Ecuador y las transformaciones actuales en el sistema político cubano. El artículo de cierre plantea los desafíos regionales que trae el tiempo histórico actual.

Compartimos este boletín con la esperanza de contribuir al análisis crítico y la comprensión de los fenómenos históricos y los desafíos actuales que enfrenta nuestro continente. Con ello, esperamos sumar herramientas que estimulen y aporten a pensar una necesaria actualización de las estrategias y tal vez, de los horizontes de lucha de las izquierdas, de modo tal que su accionar robustezca las luchas populares encaminadas a derrotar las múltiples formas de dominación actuales y con ellas todas las formas de dominación, allanando el camino hacia la renovación, profundización, transformación de las democracias en este continente.

Isabel Rauber, Marcelo Langieri
y Ana Jemio



Caracterización de la lucha política y del gobierno de Evo Morales en Bolivia 2000-2019

Jorge Viaña Uzieda*

“...cuando el poder se vacía de clases, es lógico que lo llene la derecha que, en cambio, solo necesita sus intereses, sus dirigentes y la inactividad de las masas”
René Zavaleta Mercado 1970

“La única solución posible para evitar el estatismo sería que el Estado fuese controlado desde fuera por las masas populares y por los dispositivos de democracia directa en la base. En una palabra: Flanquear ese aparato económico, intacto en lo esencial, por contrapoderes autogestionarios y organizar la vigilancia de los tecno-burócratas por las masas.”
Nicos Poulantzas 1978

Introducción

La presente caracterización se basa en la diferenciación analítica de cuatro etapas o períodos desde el 2000 al 2019, con las consecuentes aproximaciones conceptuales al régimen y a la vez ver su evolución real.

* Boliviano, Doctor en ciencias sociales por la Universidad de Buenos Aires (UBA), Docente e investigador, autor de varios libros sobre marxismo, proceso boliviano, Estado, economía política. Es miembro del grupo de Trabajo CLACSO El Estado como contradicción.

El primero i) es un periodo que va desde el ascenso de masas del 2000 hasta la elección de Morales en 2005. Que fue el periodo fundamental para poder implementar las dos grandes medidas, nacionalización del gas y constituyente, El segundo ii) del 2006 hasta el cierre del proceso constituyente en el 2009. Para la época de ocupación del estado el más importante y transformador. Una parcial revolución política. El tercero iii) es el de gradual declive de la parcial revolución política desde el 2010 hasta el referéndum por la tercera reelección de Morales en el 2016 y el cuarto iv) es el periodo que va desde el 2016 al 2019 donde se acelera el desgaste del régimen y llega su desmoronamiento precipitado por el golpe de Estado del 2019, que fue tan eficaz porque estaba basado en los graves errores -desde un punto de vista popular- que fueron cometiendo por décadas los máximos dirigentes del MAS. Es vital comprender que hay una continuidad entre el golpe y la ya casi inevitable división del MAS en 2024 por la incapacidad de ambas fracciones de hacer una autocrítica del periodo que analizamos, que lo más probable es que desemboque en la victoria de la derecha en las elecciones presidenciales del 2025. En especial la ceguera respecto a la necesidad de construir poder popular, convertir al MAS en una organización de lucha de masas y acompañar las medidas estatales con la movilización de masas y la construcción de formas de autogobierno social, teniendo como primer paso fundamental cambiar la correlación de fuerzas que Chaves lo logró entre el golpe fallido del 2002 y 2009. Enjambres autogestionarios llamaría a esto el marxista griego francés Nicos Poulantzas (Poulantzas.1979) En un país donde la dimensión relacional entre la sociedad civil y el Estado (Ecuación social o eje estatal llaman a esta relación Gramsci y Zavaleta) es el de un maximalismo de masas que invade, desordena e incluso cancela a un Estado que sigue siendo un Estado aparente incluso después de la experiencia del “Estado Plurinacional”, esto es lo que demuestra el que el gobierno se cayera como castillo de arena a fines de 2019. También la derecha aprendió a usar esta cualidad relacional estructural en contra del gobierno de Evo Morales de forma exitosa para dar el golpe.

Primer periodo: ascenso de masas del proceso (2000-2006)

En el periodo de las luchas de que se venía dando desde fines del siglo pasado entramos en un punto alto en la guerra del agua en abril del 2000, es la primera gran victoria popular que se vería conformada reiteradamente hasta el 2005, fuimos pasando por levantamientos indígenas aimaras de abril y septiembre del 2000, junio y julio del 2001, el levantamiento cocalero del 2002, la lucha contra el impuestazo de febrero del 2003, la guerra del gas en octubre del 2003 que derrocó al presidente Sánchez de Lozada y la lucha nacional por el gas que derrocó al presidente Carlos Meza en junio del 2005. Para profundizar el análisis de todo este ciclo ver (Viaña 2000, 2006, 2006^a). Este es el núcleo de ascenso permanente de masas sobre el que se basó hasta el final del proceso constituyente (2006-2009) el accionar del MAS en el primer momento de ocupación del Estado y que fue el más avanzado y transformador y es el periodo en el que se da lo que Zavaleta llama un “momento constitutivo, y por lo tanto la condensación de un polo articulado de lo nacional popular que se suele llamar la formación de un bloque histórico. Esto permitió que podamos calificar este periodo como un proceso intermitente de situaciones pre-revolucionarias con flujos y reflujos. Teniendo claramente sus momentos más álgidos en octubre del 2003 con el derrocamiento de Sánchez de Lozada. Y en el derrocamiento del presidente Carlos Meza en junio del 2005. De ahí se allana el proceso de ocupación del Estado por parte del MAS en el 2006. Este periodo es la base esencial de la etapa más interesante y progresista del MAS en la ocupación del Estado 2006-2009 precisamente porque es el ascenso sostenido y victorioso de las luchas de masas que fue el soporte fundamental de las dos medidas más importantes del MAS la nacionalización y la Constituyente. Este es un período fundante que muestra que si bien entramos desde el 2002 en una crisis de Estado (impuestazo, en que se enfrentan policía y ejército con el telón de fondo de un levantamiento popular urbano y 37 muertes, la gran mayoría jóvenes civiles) que se profundiza en octubre del 2003. La salida política

del 2003 muestra que el alcance de la auto constitución de las masas en órganos de autogobierno y construcción de poder dual existan no muy desarrolladas, todavía no se habían constituido como alternativas a las formas liberales de la democracia formal. La ovación de Carlos Meza en el Alto en octubre del 2003 es un indicio de esta situación. Finalmente era el vicepresidente de Sánchez de Lozada, neoliberal y conservador. El des-
emboque institucional atenuó el ascenso de masas hasta junio del 2005 en el que la escala de la movilización fue mayor, fue a escala nacional e impidió que los presidentes del senado y de diputados fueran sucesores de Meza y que el presidente de la corte suprema fuera presidente con el único mandato de organizar las elecciones que acabó ganando el MAS en diciembre del 2005.

Segundo periodo: Proceso constituyente 2006-2009 y parcial revolución política

En enero del 2006 el MAS a la cabeza de Evo Morales y García asumen la ocupación del Estado y se da inicio a un periodo en el que en tres meses se dan las dos grandes medidas que serán la base de todo el proceso político posterior que fue resultado de décadas de lucha de las masas, se da la nacionalización de los hidrocarburos en mayo de 2005, y para esas fechas ya se tiene convocada la Asamblea Constituyente. Objetivamente estas medidas abren un proceso de cambios estructurales acotados, sumado a la ocupación de la mayoría de las estructuras del Estado y una parcial ruptura de las dinámicas estatales tradicionales de las castas señoriales y burguesas. Se convertían objetivamente en un proceso que podía claramente seguir profundizando cambios estructurales en la economía y en lo político. Esto no se dio, sin embargo logró ciertos cambios estructurales, recuperar excedente y redistribuirlo, reducir la pobreza y lograr crecimientos del PIB significativos. Es por eso que siempre fue un proceso de reformas con énfasis en lo económico y la redistribución de ingresos, en desmedro de los posibles procesos políticos de construcción de poder popular y mayores transformaciones políticas que dieran la vuelta

la correlación de fuerzas entre los sectores populares que ocupaban el Estado y las clases y castas dominantes (Como si lo hizo Chávez notablemente en Venezuela entre 1998 y el 2009). Sin embargo en este periodo fue el único en el que estaba latente y potencialmente viable, la posibilidad de avanzar hacia mayores cambios estructurales y profundizar la parcial revolución política que se estaba dando, acercando la posibilidad del inicio de una revolución social que nunca se pudo dar, pero esto es importante recalcar en la caracterización del primer gobierno del MAS, este fue el momento más transformador, con todas sus luces y sombras. Podría caracterizarse este periodo como un régimen reformista con potencial rupturista que no se desarrolló. Los meses posteriores al 7 de febrero del 2009 se constató que ya no se iría más allá. Con la promulgación de la nueva constitución, profundamente garantista, una de las constituciones más avanzadas de Latinoamérica y el mundo, todo un proyecto político avanzado, solo habíamos conquistado *el terreno*¹ para luchar por una emancipación revolucionaria y muchos creían que ya habíamos conquistado la emancipación misma y se entregaron conservadoramente a las distintas variantes de esta certeza peligrosa. Solo se había logrado conquistar el primer escalón en el terreno para las luchas fundamentales y los sectores de dirección del MAS pensaron que ya se había ganado la lucha, en especial pensaron así los pragmáticos estatistas y economicistas. Por eso ese proceso mostró síntomas tempranos de que no lograría la altura de Chávez ya en el proceso constituyente (2006-2009) ya que no se quiso impulsar cambios estructurales y más profundos, seguir profundizando la movilización de masas y avanzar hacia la construcción de formas de autogobierno y autodeterminación desde la sociedad que eran vitales luego del primer paso que fue la nacionalización y la constituyente. Por eso desde la salida del proceso constituyente, sin ninguna voluntad política de una segunda fase de cambios estructurales políticos y económicos y por la necesidad conservadora de solo construir

1 Este es el método que usa y el núcleo de la idea de Marx para analizar la revolución de febrero en la revolución Francesa de 1848, ¿qué era lo que conquistaba el proletariado en esta fase de la revolución de 1848? Solo el terreno para seguir luchando. (Marx. 1979: 36)

Estado es que empieza el gradual proceso de declive del proceso político emancipativo. Se podría decir que la nacionalización, la constituyente, el proceso de ocupación-dislocamiento parcial del Estado y la ruptura simbólica (construcción hegemónica) que se produjo entre el 2000 y el 2009 estábamos viviendo una parcial revolución política que se fue cerrando en el 2010 en adelante por decisiones políticas de encaminar todo el proceso hacia una gestión económica y estatal exitosa (que empezó a entra en crisis incluso la economía en 2014) en desmedro de una gestión política de construcción política de poder popular y nunca iniciar siquiera el proceso político de construcción hacia formas de autogobierno y autodeterminación desde la sociedad, que tengan su correlato con mayores cambios estructurales económicos políticos y sociales. Graduales, progresivos pero permanentes procesos de transformaciones estructurales que se frenaron en el 2010. Se puede caracterizar este primer periodo de ocupación del Estado como un régimen de reformas estructurales graduales y acordadas, sin embargo podrían haber evolucionar hacia transformaciones estructurales más profundas del Estado, la economía y la sociedad. En ese sentido es un gobierno socialdemócrata de reformas parciales con atisbos de cambios estructurales que podía evolucionar hacia mayores cambios estructurales si se avanzaba en los esfuerzos políticos de cambiar la correlación de fuerzas en vez de acomodarse a esa correlación que acaba estabilizando el país de forma conservadora como se hizo desde el final del proceso constituyente e inicios de la nueva etapa de construcción del “Estado” desde el 2010. Pasemos a ver la segunda etapa del régimen.

Tercer período: Proceso de detención de la parcial revolución política 2010-2016

La gradual decadencia del proceso y de esta parcial revolución política (2000-2009), primero fue un proceso gradual, sin embargo desde el 2010 y 2011 ya teníamos señales de su declive, las más importantes señales, en este periodo fueron el intento de incremento del precio de los

hidrocarburos que el gobierno da marcha atrás el 1 de enero del 2011 y el manejo político y la represión del conflicto del TIPNIS en octubre del 2011. Esto sumado, luego a no hacer lo suficiente para contener la corrupción, malos manejos y empezar el viraje hacia políticas puramente liberales y de acomodo a las clases medias y a las élites empresariales, mostraron que el gobierno del MAS estaba cerrando los cambios estructurales y convirtiéndose en un gobierno pragmático estatista y economicista que priorizaba casi exclusivamente el crecimiento del PIB, la redistribución de la riqueza y la disminución de la pobreza vía bonos y subsidios, descuidando cada vez más la cuestión política elemental de un gobierno popular. Un proceso sin construcción de poder popular, ni movilización de masas, ni nada que se le parezca². Esta es la cuestión fundamental para caracterizar en este periodo el gobierno del MAS. Esto se profundizó desde el 2016 debido a que la impaciencia de Morales por tener el poder hasta el 2025, hizo que se perdiera el referéndum del 21 de febrero del 2016. Apenas se abrió este terreno para luchar por la emancipación tendió a cerrarse rápidamente, solo habías conquistado un paso importante hacia adelante, pero solo un paso al fin, y sin embargo crees que ya triunfaste y conquistaste el poder. Por eso desde el 2010 hasta el 2016 empezó gradualmente la decadencia del proceso. Si 10 años hicieron falta para abrir este escenario, otros diez hicieron falta para que se fuera cayendo lentamente y más aceleradamente desde el bienio 2014 al 2016 que derivó en la caída de gobierno como un castillo de arena en 2019. No supimos realmente avanzar: ¿En que era tan diferente un Estado Plurinacional a la república? ¿Cómo construir un “Estado Plurinacional”? que se encaminara de forma sistemática y permanente hacia crecientes cambios en la economía el Estado y la sociedad con construcción de poder popular y encaminarnos hacia la revolución social ¿Cómo construirlo sin enajenar las fuerzas vitales de la sociedad y los movimientos sociales?

¿Cómo evitar los graves peligros conservadores de la construcción institucional del Estado que siempre entraña una faceta conservadora?

2 Para profundizar este otro periodo se puede consultar (Viaña 2017, 2018).

¿Cómo avanzar hacia nuevos cambios estructurales, políticos y económicos que entroncaran con la nacionalización y la constituyente? El fin del proceso constituyente fue el momento de inflexión ya que la sola construcción institucional de cualquier Estado siempre es conservador³, después del proceso constituyente que fue muy largo casi 4 años, desde el 2006 al 2009⁴, el MAS se concentró cada vez en construir Estado y esto hace reflotar las tendencias más conservadoras (machistas, coloniales, capitalistas), ahí surge claramente el ala derechas del MAS, por lo general abogados mediocres, economistas, ex militares y funcionarios burocratizados, varios de ellos ministros que empiezan a ser dominantes en el escenario. Alentados por lo general por los máximos dirigentes del MAS (Evo Morales y Álvaro García). Pero además se lo hace de la peor forma posible, empieza a primar una gestión instrumental del poder donde la

- 3 No olvidemos que en el marxismo emancipativo tenemos presente cuando Marx analizando la Comuna de París insistía en una concepción revolucionaria de la necesidad incuestionable de la transformación revolucionaria y radical del estado, que la comuna de París era una forma política comunal y que la revolución era siempre una revolución “contra el estado mismo” no contra tal o cual forma de estado “legitimista” “constitucional” “imperial” sino contra el Estado mismo. Ese “aborto” sobrenatural de la sociedad” le llamó a la forma estado. Y planteó junto con Engels el postulado de ya no hablar más de estado y llamarle a un “estado” revolucionario un “semi estado comuna”. Lenin retoma esto y en El Estado y la revolución planteó claramente que la revolución consistía primero que nada en la “demolición” del estado y nos alertó de que en 1923 el estado ruso seguía siendo todavía “un estado zarista y burgués barnizado de socialismo” y que por lo tanto no se podía defender al “estado” en abstracto. La crítica socialista a todo estado según Lenin. Este es un debate esencial y vital hoy. Retomamos brevemente estos debates porque creemos que hay dos grandes errores, los estatalistas (que son la gran mayoría del MAS) que ni se plantearon este debate porque son muy conservadores y medran del poder sin remordimientos y los hiperantiestatalistas e hiperautonomistas sin principio de realidad que no entienden que el Estado también es pues un campo de lucha y debemos lidiar con esta contradicción al menos estos no son ministros ni senadores y en general están más en lo correcto en el debate en este gran dilema.
- 4 Los procesos constituyentes en Venezuela y Ecuador fueron mucho más cortos mostrando un síntoma en Bolivia se cedió demasiado y se empezó la erosión de la relación gobierno-masas. En Venezuela fue ejemplar, se dio de abril de 1999 a diciembre de 1999. En menos de un año. El ecuatoriano un año del 2007 al 2008. El boliviano tardó casi 4 años (Viaña. 2016) y no se vio que al salir de la constituyente ya estaba empezando la decadencia del proceso. La parcial revolución política en su fase de ocupación del Estado se dio entre el 2006 al 2009 y luego empezó lentamente a detenerse desde el 2010 más aceleradamente entre el 2016 y el 2017. Para colapsar en el 2019. Esto se desarrollará más adelante.

gente y las demandas y movilización de las masas no juegan ningún papel por décadas. Empiezan a darse los síntomas de esta primacía de los sectores conservadores pragmáticos estatistas y economicistas que tiene una larga e importante historia en Bolivia y nos pesa como un lastre. Esta nueva etapa conservadora estuvo marcada de forma cada vez más clara por permitir o no hacer lo suficiente frente a la corrupción, ir gradualmente apoyándose en los sectores de la agroindustria capitalista del oriente, en la banca y en que casi lo único importante era el crecimiento del PIB y la economía. Descuidando una estrategia política de movilización de masas acompañando o gatillando las políticas Estatales y desechando por completo la posibilidad de construcción de poder popular y formas de autogobierno social que vayan germinando desde la sociedad autorganizada. Este error político fue permanente, pero en esta etapa ya fue crucial para el giro político que daría el país entre 2014 y 2018.

Entre el 2011 al 2015 ya había cuajado este nuevo esquema de poder del MAS, con ciertos aspectos que permitían mantener cierta fachada popular. Paralelamente se fue tutelando y luego desarticulando a las organizaciones fundamentales del proceso como la CONAMAQ, CIDOB, la COB, CSUTCB, Bartolinas y otras. Se las veía como retaguardia del proceso a tono con este estatismo y economicismo pragmático y conservador. Pero además se hacía un uso instrumental y grosero de ellas y poco a poco primero y luego de forma acelerada dañaron su autonomía, vitalidad y capacidad de toma de iniciativa y por lo tanto de movilización. Este fue el mayor error del MAS. Este fue un periodo de consolidación de un viraje del gobierno de base campesina-indígena y popular hacia un gobierno de clases medias basado en alianzas con la agroindustria, la banca y otros sectores empresariales con fachada popular. De adecuación total a formas de la democracia liberal y de cierre del proceso de parcial revolución política que todavía seguía latente en el periodo anterior. Y por lo tanto de retroceso franco y luego de imposibilidad de que las masas y movilizarlas jugara algún papel político, acompasando con una interlocución con ellas construyendo poder popular y capacidad de movilización de masas que es el hecho fundamental del sostenimiento de

cualquier gobierno en Bolivia por ser un país de maximalismo de masas que cancela al Estado.

Cuarto período: Acelerado retroceso y colapso del gobierno del MAS 2016-2019

Para crear las condiciones de una tormenta perfecta, entre el 2013 y 2014 también ya se ven síntomas de un mal manejo incluso de lo económico, entre el 2014 y 2015 coinciden el gradual declive económico y el agotamiento del proceso político. Desde el 2014 al 2018, Bolivia empezó a mostrar tasas económicas negativas, por primera vez en el gobierno del MAS tuvimos déficit fiscal, lo que implica un mayor gasto estatal superando los ingresos. En el 2014 el déficit fiscal de Bolivia fue de -3.4%; el 2015 subió al doble, -6.9%; el 2016 retrocedió levemente a -6.7% pero en el 2017 y 2018 creció aún más a -7.8% y -8.3%, respectivamente. Este último (el del 2018 de -8.3%) fue el más alto registrado en los últimos 18 años, esto derivó en el vaciamiento de las reservas internacionales que hoy son el problema más grande de Bolivia y si sumamos a esto el descuido de la inversión en prospección y exploración de los pozos de gas determinó en el presente (2024) la inminencia de una crisis económica, falta de liquidez e inicio de la inflación. Teníamos en el 2018 ya una grave situación de caída de la economía. Esto fue resultado de descuidar los campos de gas (prospección, exploración, etc.) y los logros de la nacionalización y sobre todo no plantarse una nueva fase de cambios estructurales, avanzar hacia la nacionalización de la minería, imponer retenciones a la agroindustria capitalista (como se hace en Argentina sin tanta retórica “progresista”) y eventualmente avanzar hacia proceso de nacionalización de la agroindustria y la industria, de igual manera con la banca, minería y otros sectores, avanzar hacia nacionalizaciones y recuperación de excedente. Pero para eso se necesitaba potenciar el poder popular y la movilización de masas y mayores cambios estructurales del propio Estado. Sino era imposible por la correlación de fuerzas. Es por eso que en el 2016 ya se da el impase que se convertiría en histórico e irreversible, el 21 F. Fue

resultado de la impaciencia de Morales y de sus más cercanos colaboradores, una impaciencia de tener poder hasta el 2025 que llevó a perder este referéndum. Fue un gravísimo error político del MAS como el propio vicepresidente reconoció un año después en una entrevista con el periódico El Deber, del que después no se pudo salir más, ¿qué necesidad había de convocar a un referéndum por una nueva reelección después de 6 meses de haber ganado la elección nacional para tener poder por 10 años más?. Ahí se notaba ya un extravío grave pero que podía resolverse si se hacía autocrítica y se reconducía el proceso. No se quiso hacer eso. Se conformaron con el justificativo del “día de la mentira”, en su balance se aludía a que prácticamente todo se había hecho bien y lo único que hacía falta era redoblar la propaganda y hacer propaganda en las redes sociales. Un extravío clase mediero clásico que cree que el mundo empieza y acaba en el internet las NTIC’s y este tipo de exotismos posmodernos propios de los liberales y populistas que infectaron al núcleo de poder del ejecutivo y legislativo en el MAS. Y por lo tanto, la solución fue peor que la enfermedad, en vez de hacer otro referéndum y ganarle en la cancha a los conservadores, como había hecho Chávez, quien después de haber ganado 14 elecciones seguidas perdió el referéndum para la reelección en el 2007 y en vez de inventarse artilugios legales de “Real politic” liberal (“Derecho humano a la reelección” sic!!!!) fue a profundizar la estrategia de movilización de masas y de radicalización del proceso que venía conduciendo desde el 2002, año del golpe derrotado contra Chavez, que profundizó la movilización de masas y la construcción de comunas, círculos bolivarianos y poder popular y ganó el referéndum el 2009, con una táctica basada en la movilización de masas. Esta era la única forma viable –y revolucionaria- de revertir el impase del 21^º, porque combinaba

- 5 Los abogados conservadores del MAS y funcionarios obsecuentes inventaron 4 vías de habilitación de Morales a las elecciones del 2019 en el IX Congreso Ordinario del MAS en diciembre del 2016 con el beneplácito y aplauso de Morales. Basados en artilugios legales típicos de funcionarios conservadores (dos vías estaban basadas en la reforma del artículo 168 de la constitución, una tercera renunciar al cargo 6 meses antes del cumplimiento del periodo sic!!!, y la cuarta pedir una interpretación del Tribunal Constitucional sobre la elección y reelección (que fue el que se eligió posteriormente) cuesta creer que no hubiera nadie para decirles que era un gravísimo error político. Esto pasó porque no entienden ni les interesa las bases clasistas y la

construcción de poder popular o al menos movilización de masas con las necesidades de la coyuntura y necesidad de reelección. Zavaleta criticaba a los gobiernos de Torres y Ovando de bonapartistas en los 70s, entre las razones más importantes, lo hacía por no movilizar a las masas que consideraba el único método fundamental que un gobierno progresista tiene para resistir el embate del imperialismo (Zavaleta, 2011: 656).

Desmovilizar a las masas es un suicidio político en Bolivia para un gobierno progresista y eso hizo lamentablemente el MAS. Más aún no avanzar hacia la construcción de poder popular y formas de autogobierno social o construcción de formas embrionarias de poder dual y popular. Nada de eso se quiso hacer. La cuestión más importante políticamente es el viraje de la situación política vino –no por casualidad- en enero del 2018 cuando por primera vez los sectores conservadores tumban con movilización en las calles el nuevo Código Penal que se había aprobado en el País promovido por el gobierno. El gobierno increíblemente, no se dio cuenta, que en un país donde casi no existe el Estado (el estado es casi solo las masas movilizadas y los órganos de represión) si pierdes la calle, ósea las masas y los órganos de represión ya te has caído. Porque es un Estado Aparente con maximalismo de masas que invade, desorganiza y no pocas veces cancela al Estado. Esto es lo que Gramsci y Zavaleta llamarían la Ecuación Social o Eje Estatal de Bolivia, la cualidad relacional estructural del Estado, la sociedad civil y sus mecanismos de mediación. De esta manera a fines del 2018 ya teníamos un viraje fundamental de la situación política, la derecha ya podía derrotar al MAS en las calles y en la movilización, y además ya teníamos varios años de déficit fiscal y síntomas de un mal manejo económico que hoy están por crear una crisis económica grave. Ambas cosas ya eran evidentes a fines del 2018. Que presagiaban lo que pasaría a fines del 2019.

política revolucionaria de un gobierno, solo atajos legales, solo pensar en el poder del Estado y *“real politic”*, el poder para un individuo sea como sea y a toda costa. Cosa que además no hacía falta, el MAS sin Morales ganó con 55% de los votos.

BIBLIOGRAFÍA

- Marx Karl (1979). Las luchas de clases en Francia de 1848 a 1850. Moscú. Progreso.
- Poulantzas Nico. (1979) Estado, Poder y Socialismo. México.
- Viaña Jorge (2000) Después de 15 años de neoliberalismo la guerra del agua funda una nueva época. En: Revista UMBRALES. La Paz. CIDES UMSA
- Viaña Jorge (2006). Autodeterminación de las masas y democracia representativa. Crisis estatal y democracia en Bolivia 2000-2006 en *Sujetos y formas de la Transformación Política en Bolivia*, Ed. Autodeterminación y Tercera Piel. La Paz- Bolivia.
- Viaña Jorge, Tapia Luis, Rozo Bernardo, Hoffman Sabine. (2006a) La reconstrucción de lo público. Movimiento Social ciudadanía y gestión del agua en Cochabamba.
- Viaña Jorge, Orozco Shirley. (2007) El cierre de un ciclo y la compleja relación “movimientos sociales” gobierno en Bolivia. Revista OSAL de CLACSO. No 22.
- Viaña Jorge (2011) La compleja trama de permanente interlocución/ruptura entre movimientos sociales y el gobierno del MAS en Bolivia 2006-2009. En: Claves para la transición del poder. Cuadernos de futuro No 26. PNUD. La Paz
- Viaña Jorge. (2012). Estado Plurinacional y nueva fase del proceso boliviano En *El Estado en América Latina: Continuidades y rupturas*. CLACSO. Ed. ARCIS. Chile
- Viaña Jorge, Foronda Miguel, Pruden Hernán. (2014) Configuración y Horizontes del Estado Plurinacional. Disputa de proyectos societales y formación del bloque histórico. CIS- PNUD, La Paz - Bolivia
- Viaña Jorge (2016) La necesidad del aprendizaje mutuo de los ciclos estatales de las luchas en Latinoamérica entre 1998 y 2016 En *Ruptura revista de análisis internacional, Latinoamérica*. Academia diplomática plurinacional de Bolivia.
- Viaña Jorge (2017) Necesidad de un balance autocritico, a once años del ciclo estatal. En: Revista Migraña No 22. La Paz. Vicepresidencia.
- Viaña Jorge (2018) El ciclo estatal boliviano 2010-2018 y la necesidad de una estrategia clasista En *Estados en Disputa. Auge y fractura del ciclo de impugnación al neoliberalismo en América Latina*. CLACSO- IEALC, Buenos Aires- Argentina
- Zavaleta Rene (2011) Reflexiones sobre Abril. En Obras completas Tomo I. La Paz. Plural.
-



Democracia y hegemonía en tiempos de Hugo Chávez Frías

Reinaldo Iturriza López*

La década virtuosa de la política venezolana: la democracia participativa y protagónica y el sujeto de la lucha

Considerada con frecuencia como una década perdida en lo económico, la del noventa será, no obstante, una década virtuosa en lo político (Iturriza, 2022a: 33-44). Esta tendrá su bautizo de fuego algunos meses antes, con la rebelión popular de febrero de 1989, un acontecimiento inenarrable para las élites e inasimilable para el amplio espectro político venezolano. A este le seguirán las dos tentativas fallidas de rebelión cívico-militar, en febrero y noviembre de 1992.

Conocidos los primeros documentos programáticos de los militares bolivarianos, el país comenzará a despejar la incógnita sobre la orientación política e ideológica de los jóvenes oficiales. Antes que ubicados a izquierda o derecha, sus planteamientos se inscribían en la larga y rica tradición de militares latinoamericanos con posiciones nacionales y populares. Como es ampliamente conocido, se reclamaban herederos de

* Sociólogo egresado de la Universidad Central de Venezuela. Fue ministro de Comunas y Movimientos Sociales (2013-2014) y ministro de Cultura (2014-2016). Actualmente es el director del Centro de Estudios para la Democracia Socialista.

figuras históricas como Simón Bolívar, Simón Rodríguez y Ezequiel Zamora. Manifestaban que sus actuaciones y propuestas estaban inspiradas principalmente en estas “tres raíces”, suerte de sostén de un “árbol ideológico” consistente en un conjunto de ideas-fuerza que vendrían a reactualizar la praxis de sus referentes históricos. De todas aquellas, una en particular destacará por su extraordinaria eficacia en este momento reconstitutivo de lo nacional: la idea-fuerza de democracia participativa y protagónica. Apalancándose en ella, el movimiento bolivariano identificará como sus interlocutoras fundamentales a las capas marginales y capas proletarias en proceso de subproletarización que, hacía poco, habían interpelado radicalmente a la nación.

Según relatara Hugo Chávez, la centralidad de esta idea de lo “protagónico” fue forjada durante su permanencia en prisión, entre 1992 y 1994, por los militares bolivarianos. En sus palabras, “ella significa un salto capital, una ruptura epistemológica. Es el ‘puente’ que permite pasar de la democracia a la revolución. O dicho de otro modo: permite que, sin dejar de ser democracia, se pase a la revolución” (Ramonet, 2013: 637). El alcance de esta verdadera “ruptura epistemológica” es un asunto que sigue siendo poco analizado, tres décadas después, y constituye uno de los hitos fundamentales de esta década virtuosa de la política, igualmente poco estudiada.

Durante aquellos años, al menos en dos oportunidades Hugo Chávez hará explícito, de manera pública, lo que consideraba “el sujeto de la lucha”. En 1993, todavía en la cárcel, y en carta escrita a un compañero de armas, expresará: “la abstención, según los cálculos más optimistas, no debe bajar del 30 al 40% y se convirtió ya en el fenómeno electoral del siglo en Venezuela. Son aproximadamente 2 millones de personas [...], mayormente constituidos por la clase marginal, la cual sigue creciendo cada día más y que hoy por hoy, constituye el terreno donde han brotado las semillas de los cambios futuros” (Garrido, 2002: 288). En 1995, ya en libertad, afirmará: “El movimiento bolivariano impacta en las clases marginales, en los barrios de las grandes ciudades, en los campos,

entre los indígenas [...]. Ahí es donde hemos palpado el furor, el interés, el fervor de la gente por salir de esta miseria en la que están inmersos [...]. Será difícil que nos tuerzan el brazo, para que el movimiento vaya a servir intereses que no sean los de esa mayoría, los de ese pueblo-pobreza, de las clases marginales. Hacia allá va dirigido el movimiento, de allí se alimenta, y por tanto hacia allí debe orientar su acción transformadora” (Blanco Muñoz, 1988: 80-81). Subrayaremos lo que, no obstante, salta a la vista: Así como durante los inicios de la explotación petrolera en Venezuela las compañías petroleras extranjeras identificaron como su interlocutora privilegiada a la clase media y, en tanto que fuerza hegemónica, procedieron a interpelar a la nación, el movimiento bolivariano identificará como su interlocutora principal a las “clases marginales” que señalara Hugo Chávez. Su vocación de fuerza hegemónica, expresada en la muy fluida relación de interlocución con las “clases marginales” que establecerá el movimiento cívico-militar liderizado por Chávez, le permitirá construir un poderoso bloque de fuerzas que a su vez hará posible la conquista del poder político por la vía electoral en diciembre de 1998.

Esta relación de interlocución con las “clases marginales” se hará realmente fluida a partir de la salida de la cárcel de Hugo Chávez, en marzo de 1994. Durante el decisivo lustro comprendido entre 1994 y 1998, el movimiento bolivariano se concentrará en resolver políticamente la estratégica cuestión del “vaciamiento o disponibilidad” (Zavaleta Mercado, 2013: 541), inclinando a su favor la “situación de vacancia ideológica” (Zavaleta Mercado, 2015: 245-246). Durante aquellos años, iniciará un intenso proceso de politización de las clases populares, que sentará las bases de lo que eventualmente se constituirá en una cultura política chavista (Iturriza, 2016: 167-169). En 1996, el movimiento se habrá consolidado lo suficiente como para proceder a interpelar al país, haciéndose portavoz de un proyecto de orientación firmemente nacional: aquel año hará pública su Agenda Alternativa Bolivariana, un modesto folleto de apenas diecisiete páginas, elaborado en conjunto con un pequeño núcleo de intelectuales de izquierda. El folleto era elocuentemente conciso: se trataba de resolver dos “ejes problemáticos nacionales”, a saber:

“pobreza” y “desnacionalización”. El primero de ellos expresado como “crisis social: seguridad y servicios sociales; umbral de vida infrahumano” y “distribución regresiva del ingreso”. El segundo expresado como “deuda externa” y “Apertura petrolera y privatizaciones” (MBR-200, 1996: 6). En apenas ocho líneas quedaban resumidas unas bases programáticas mínimas, orientadas a enfrentar el efecto destructivo de la “acumulación por desposesión”, y tendientes a encarar los problemas fundamentales de la sociedad venezolana. Pero sobre todo, quedaban sentadas las bases de un proyecto genuinamente popular, no solo o no principalmente porque identificara a la pobreza como problema nacional, sino porque, por primera vez en el siglo XX, una fuerza política enarbolaba un programa político capaz de representar los intereses de unas “clases marginales” que comenzaban a ubicarse en el centro de la política nacional.

El movimiento aluvional y policlasista que llevará a Hugo Chávez al poder en 1998 incluirá a fracciones de la burguesía, a importantes sectores de la clase media en proceso de proletarización, a corrientes militares de orientación nacionalista inclinadas más bien a la derecha del espectro político, etc. Pero la columna vertebral del bloque de fuerzas la constituirán siempre tanto la clase trabajadora en proceso de subproletarización como las “clases marginales” o subproletarizadas, y en particular estas últimas. En el lustro subsiguiente, esto es, entre 1999 y 2003, cuando se manifestará en toda su crudeza el conflicto histórico entre dos proyectos de nación antagónicos, estas últimas asumirán un protagonismo político sin precedentes, y su movilización resultará clave en la gestación del contragolpe popular el 13 de abril de 2002, así como en la resistencia al paro-sabotaje encabezado por el estamento petrolero entre diciembre de 2002 y febrero de 2003. En agosto de 2004, con motivo del referendo para decidir la continuidad de Hugo Chávez en la Presidencia, alcanzarán su victoria política más rutilante, y su presencia en la vida política del país quedará consolidada. Dirimido el conflicto por la vía democrática y electoral, al menos temporalmente, esta victoria del “poder constituyente”, término muy en boga durante aquellos años, pondrá fin al momento reconstitutivo de la nación venezolana, abierto dos décadas atrás.

Poco antes de la rebelión popular de febrero de 1989, Rodríguez Araque señalaba que “al lado de lo que podemos llamar sector activo de la clase obrera venezolana, se ha ido desarrollando en una dimensión impresionante lo que podríamos llamar sector pasivo y semi-activo. Está integrado por fuerza ‘libre’ de trabajo, lista para venderse en el mercado, pero que no es utilizada o solo lo es parcialmente en la llamada ‘economía informal’” (Rodríguez Araque, 2007: 70-71). Vale la pena ilustrar este punto con algunos datos de la mayor relevancia. Según cifras del Banco Central de Venezuela, entre el primer semestre de 1975, en tiempos de la Gran Venezuela, y el primer semestre de 1983, un período de ocho años y medio, la fuerza de trabajo informal se mantuvo por debajo del 40%, alcanzando un piso de 31,6% durante el segundo semestre de 1978. Durante el mismo período, la tasa de ocupación de la fuerza de trabajo venezolana se ubicó por encima del 90%. En el segundo semestre de 1978, el desempleo marcó su nivel más bajo: 4,3%. Sumándolos, trabajadores informales y desempleados representaban apenas el 36,6% de la fuerza de trabajo venezolana, es decir, poco más de un tercio del total. Entonces, como recordaremos, la mayoría de la clase trabajadora venezolana se autoidentificaba como parte integrante de la “clase media”. La situación comenzó a cambiar a partir del segundo semestre de 1983, consolidada la fase de contracción financiera, cuando la informalidad superó la barrera del 40%, ubicándose en 41,3%. A su vez, el desempleo superó la barrera del 10%, para ubicarse en 10,3%. Entre ambos, ya representaban más de la mitad de la fuerza de trabajo: 51,6%. Desde muy temprano, la “acumulación por desposesión” dejaba su estela destructiva. A partir de entonces, y salvo brevísimos intervalos, la fuerza de trabajo informal se mantuvo por encima del 40%. Pues bien, en el momento en que el movimiento bolivariano hace pública su Agenda Alternativa Bolivariana, esto es, primer semestre de 1996, la fuerza de trabajo informal representaba el 49,4% de los trabajadores ocupados. Sumada a los desempleados (11,1%), superaban por primera vez la barrera del 60%, ubicándose en 60,5% de la fuerza de trabajo.

Dicho de otra forma, mediando la década de 1990, lo que Rodríguez Araque denominaba como “sector pasivo” o “semi-activo” de la clase trabajadora venezolana representaba casi dos tercios de la fuerza de trabajo. Por no resultar, en lo absoluto, un problema conceptual menor, puede ponerse en duda que semejante proporción de la fuerza de trabajo integrara a plenitud las “clases marginales”, sobre todo tomando en cuenta que una fracción siempre minoritaria de la fuerza de trabajo informal no solo puede alcanzar a vivir por encima de la línea de la pobreza, sino incluso vivir de manera acomodada. No obstante, no puede dejar de observarse que un porcentaje importante, aunque todavía minoritario, de la fuerza de trabajo formal se encontraba en proceso de subproletarización, cuando no había pasado a formar parte del subproletariado, lo mismo que el grueso de los trabajadores informales. En síntesis, lo que sí podemos afirmar con toda certeza es que, para entonces, más de la mitad de la clase trabajadora venezolana se encontraba subproletarizada.

Hablamos de una enorme fracción de la clase trabajadora no susceptible de ser “representada” ni por los partidos del sistema, ni por ningún partido de filiación obrera, ni por sindicatos, ni por ninguna otra forma de organización forjada en tiempos de acumulación orientada a la “reproducción ampliada”, por demás sumamente debilitados en Venezuela durante esta coyuntura histórica. Este problema de la “representación” de la clase trabajadora subproletarizada es lo que resolverá el movimiento bolivariano.

El problema de la representación y el cesarismo progresista: Hugo Chávez y la coyuntura bonapartista

Actualizando de manera creativa el planteamiento marxiano, y siempre haciendo énfasis en la historia de su Italia natal, Antonio Gramsci empleará indistintamente los términos “cesarismo” y “bonapartismo” para referirse a “una situación en la que las fuerzas en lucha se equilibran de

modo catastrófico, o sea que se equilibran de modo tal que la lucha no puede concluir más que con la destrucción recíproca. Cuando la fuerza progresiva A lucha contra la fuerza regresiva B, puede suceder no solo que A venza a B o B venza a A, puede suceder también que no venza ni A ni B sino que se desangren recíprocamente y una tercera fuerza C intervenga desde fuera, sometiendo a lo que resta de A y de B". Como lo deja muy en claro su método expositivo, lo que propone Gramsci es más un esquema analítico o, para decirlo con sus propias palabras, "una fórmula más polémico-ideológica que histórica-política". Dicho de otra forma, eso que identifica como una "tercera fuerza" que interviene "desde afuera", representa "la solución 'arbitral', confiada a una gran personalidad, de una situación histórica-política de equilibrio de las fuerzas de tendencia catastrófica". Pero otro escenario es posible: "Se puede tener una 'solución cesarista' incluso sin un César, sin una gran personalidad 'heroica' y representativa". De igual forma, este fenómeno "no tiene siempre el mismo significado histórico. Puede haber un cesarismo progresista o un cesarismo regresivo, y el significado exacto de cada forma de cesarismo, en último análisis, puede ser reconstruido por la historia concreta y no por un esquema sociológico. Es progresista el cesarismo cuando su intervención ayuda a la fuerza progresista a triunfar aunque sea con ciertos compromisos limitativos de la victoria; es regresivo cuando su intervención ayuda a triunfar a la fuerza regresiva, también en este caso con ciertos compromisos y limitaciones, que no obstante tienen un valor, un alcance y un significado distintos que en el caso precedente". En cada caso, agrega: "Se trata de ver si en la dialéctica 'revolución-restauración' es el elemento revolución o el restauración el que prevalece". A su juicio, Napoleón Bonaparte podía ser considerado como un caso de "cesarismo progresista", mientras que Luis Bonaparte debía ser tenido como un ejemplo de lo opuesto (Gramsci, 1986: 102). En otro de sus cuadernos, Gramsci volverá sobre el mismo fenómeno, haciendo una referencia más explícita a la coyuntura histórica analizada por Marx: "Sería un error de método [...] considerar que, en los fenómenos de cesarismo, tanto progresivo como regresivo, como de carácter intermedio episódico, todo el

nuevo fenómeno histórico se debe al equilibrio de las fuerzas ‘fundamentales’; a saber: la burguesía y el proletariado. También hay que tomar en cuenta, apuntará, “las relaciones que existen entre los grupos principales [...] de las clases fundamentales y las fuerzas auxiliares guiadas o sometidas a la influencia hegemónica. Así, no se comprendería el golpe de Estado del 2 de diciembre [de 1851, y que llevó al poder a Luis Bonaparte] sin estudiar la función de los grupos militares y de los campesinos franceses” (Gramsci, 1999: 116), como ya había advertido Marx.

En un ensayo intitulado “Bonapartismo”, de 1970, Zavaleta Mercado comienza estableciendo algunas diferencias entre la coyuntura histórica analizada por Marx y los casos de “bonapartismo” en Argentina, México y Brasil: “Luis Bonaparte tomó el poder en los hombros del *lumpenproletariat*, pero Perón no tuvo un poder completo sino cuando volvió traído por las grandes masas de un proletariado joven, el 17 de octubre de 1945. Bonaparte representaba a los sectores conservadores de los campesinos, ya propietarios desde la Gran Revolución, y Lázaro Cárdenas representó sin duda a la multitud ardorosa de los campesinos sin tierras. Vargas a lo último hizo un gran esfuerzo para establecer la soberanía económica del Brasil, con relación a la abrumadora presencia norteamericana, pero Napoleón III no tuvo necesidad de hacer esfuerzos semejantes, porque lo que fue y lo que no fue, fue resultado del proceso interno de la historia de Francia”. Ahora bien, ¿qué es lo que tienen en común estas experiencias en Latinoamérica, a las que habría que sumarles las de Ovando en Bolivia y Velasco Alvarado en Perú? “En todos los casos, se trata de intentos más o menos drásticos de construir Estados modernos dentro de un esquema que, por su propio carácter, es un esquema de emergencia. En todos los casos, la presencia de una personalidad dominante, el papel de protagonista que se asigna al ejército, la realización de las tareas democrático burguesas diferidas por la república, la concentración burocrática del poder, la incertidumbre negociada de todas las clases con relación al poder, todo para la construcción de una forma nacional de gobierno dentro del tipo del Estado capitalista, nos muestra que en efecto estamos hablando de regímenes bonapartistas o, para mayor rigor, de gobiernos

semibonapartistas en la manera en que el modelo de Marx se ha estado realizando en las últimas décadas en la América Latina”. En el caso de Perón en Argentina, destacará un cuestión clave para nuestro análisis: “la existencia previa de masas obreras densas que no habían tenido fórmula de expresión política”. “El modo de acceso al poder, prácticamente pasando de un modo material de las espaldas obreras del 17 de octubre a la Casa Rosada, es lo que da un signo a lo que será la era entera del peronismo, que duraría hasta 1955. Aparentemente, esta es una diferencia importante en cuanto a la procedencia de poder de la forma bonapartista clásica, en Francia, donde Napoleón III llegó en hombros del *lumpenproletariado*, pero la diferencia es más bien circunstancial. En el fondo, tanto el 18 de Brumario como el 17 de octubre expresaron a clases marginales, que no habían tenido antes expresión política. No es que los obreros argentinos no tuvieran voto, pero jamás habían podido antes manifestarse como clase y a eso es a lo que Perón dio lugar. La industrialización argentina, una vez que la inmigración se había interrumpido hacia 1930, ocasionó una migración de las provincias hacia Buenos Aires y allá se acumularon, en un cinturón proletario, los que serían llamados ‘cabecitas negras’ por una población tradicionalmente europea [...]. Los ‘cabecitas negras’ fueron empero los protagonistas del 17 de octubre. Se puede decir también que, no habiendo podido expresarse normalmente, se expresaron anormalmente, dando el soporte inmediato a la creación del gobierno bonapartista del general Perón. De todas maneras, la experiencia del 17 de octubre podía ya en lo inmediato entregar varias enseñanzas. Se podía decir que se había tratado de una suerte de golpe de Estado de la clase obrera pero el hecho de que tal hecho de fuerza pudiera ser ratificado también por la vía convencional de las elecciones, mostraba ya que el proletariado industrial era el nuevo gran personaje de la historia argentina” (Zavaleta Mercado, 2015: 212-214).

En adelante, Zavaleta Mercado continuará analizando la Argentina de Perón, lo mismo hará con el Brasil de Getulio Vargas, el México de Lázaro Cárdenas, a propósito de lo cual volverá sobre los dichos de Trotsky que ya hemos citado, se referirá de manera elogiosa al célebre pasaje de “El

Dieciocho Brumario de Luis Bonaparte” sobre el campesinado, para finalmente enumerar una serie de “características taxativas” del fenómeno “bonapartista”: “1. En primer lugar, el gobierno bonapartista es un poder carismático”; “2. Es notorio que el bonapartismo [...] necesita fundarse en lo inmediato en la presencia directa del ejército, como factor esencialmente centralizador. Cárdenas despojando al poder de su sentido de pacto entre los jefes locales o Vargas destruyendo el *coronelismo* y la política de los gobernadores están presentes siempre en las tareas democrático burguesas que cumple el bonapartismo sustituyendo a la burguesía que o no existe [...], o no es capaz de sus propias tareas, como en la Argentina preperonista”; “3. Como el patriotismo, es decir, la ideología del ejército, está a cargo del jefe carismático o héroe, la motivación clasista quiere ser universal [...]. El bonapartismo generalmente cumple la tarea de modernizar la sociedad entera y beneficia por consiguiente a los sectores más modernos o modernizables de la sociedad, y en este sentido acaba por ser global o universal, pero comienza desde un punto de partida perfectamente delimitado desde el punto de vista clasista. Luis Bonaparte llega en hombros del *lumpenproletariat*, Perón, el 17 de octubre, llega en hombros de los obreros de la nueva industria, Cárdenas llega para expresar a los campesinos sin tierra. En los tres casos, y también con los obreros recién desvinculados del campo, del caso de la industrialización y sindicalización de Vargas, se trata de clases marginales políticamente, de clases que no han sido expresadas en el poder, pero que ya existen en la realidad de la sociedad”; “4. ...el tipo de política económica, siempre industrializadora, del bonapartismo latinoamericano”; “5. Para Marx el bonapartismo existe debido a la necesidad que tiene el Estado moderno de ser instrumento técnicamente autónomo [...]. ¿Qué son, en efecto, las nacionalizaciones de Vargas, de Perón y Cárdenas, qué son todos sus actos políticos antilocalistas, sino intentos de independizar el Estado?”; “6. Pero, finalmente, el bonapartismo es siempre conservador [...]. En cierta medida, Vargas y Perón, con el proletariado de primera generación, y Cárdenas, con el campesinado sin tierras, lo que hicieron es que esas clases entraran ‘ordenadamente’ dentro de la sociedad, es decir,

las introdujeron, pero domesticándolas inmediatamente [...]. Incluso se rebelan -Perón o Vargas o Velasco Alvarado-, pero no para reemplazar al Estado burgués, sino a causa de su insuficiente existencia. Es en este sentido que puede hablarse del reformismo bonapartista como de un conservadurismo diferido. Perón ni Vargas ni Cárdenas se propusieron jamás la construcción del socialismo. Eso está claro del todo” (Zavaleta Mercado, 2015: 224-227).

Ciertamente, Hugo Chávez terminará “representando” a unas “clases marginales”, y más específicamente a una fracción de la clase trabajadora, el subproletariado que, para decirlo con Zavaleta Mercado, “no habían tenido fórmula de expresión política”, esto es, “clases marginales políticamente”. Lo que distinguirá a la experiencia venezolana será, de un lado, que esta fracción de la clase trabajadora será “marginal” no solo políticamente, sino también por estar excluida de la ciudadanía, del mercado y del mundo del trabajo formal; y del otro, porque antes que llevarlo en hombros al poder, el subproletariado traerá a Chávez a la escena política. Antes que expresarse “anormalmente” a través de Chávez, tuvo que hacerlo a través de la rebelión. Ha escrito Zavaleta Mercado: “está claro que no es Bonaparte el que crea el bonapartismo, sino la coyuntura bonapartista la que crea a Bonaparte” (Zavaleta Mercado, 2015: 225). Parafraseándolo, podríamos afirmar que no es Chávez el que crea al subproletariado, es una coyuntura signada por el protagonismo del subproletariado la que crea a Chávez. La “coyuntura bonapartista” vendrá después. Recordemos que es el subproletariado el que ha interpelado radicalmente a la nación en febrero de 1989. Las rebeliones cívico-militares de 1992, lo mismo que, en mucho menor intensidad, las masivas manifestaciones estudiantiles de aquellos años, fueron réplicas del acontecimiento fundacional de una nueva etapa política en Venezuela.

Como ya hemos comentado, el liderazgo que forjará Hugo Chávez se cimentará, fundamentalmente, en su capacidad para reconocer este protagonismo del subproletariado, y en su voluntad de hacerle partícipe y protagonista de los cambios revolucionarios por venir. La fuerza que se

fraguará durante aquella década virtuosa de la política venezolana reposará en el hecho de que, antes que situarse “desde afuera” -como escribirá Gramsci- de unas clases que apenas se aprestaban al conflicto histórico, Chávez recorrerá las “catacumbas” (Iturriza, 2022a: 34). Aquella célebre declaración a su salida de la cárcel: “Por ahora no tengo nada que hacer en Miraflores, antes voy a las catacumbas con el pueblo”, tendrá un significado histórico que aún hoy no termina de valorarse en sus justas dimensiones. Era toda una declaración de intenciones estratégicas: un joven oficial del Ejército, derrotado militarmente hacía apenas dos años, se disponía a asumir la tarea que no habían sido capaces de realizar ni los partidos del sistema, ni la izquierda venezolana. Pero además, fue durante esta suerte de pasaje por las “catacumbas” que Hugo Chávez logró forjarse en tanto “caudillo” popular.

Es allí, en las “catacumbas”, y como recordaremos, donde el movimiento bolivariano había “palpado el furor, el interés, el fervor de la gente por salir de esta miseria en la que están inmersos”. Tal y como señalara Gramsci: “no se hace historia-política sin pasión, esto es, sin estar sentimentalmente unidos al pueblo, esto es, sin sentir las pasiones elementales del pueblo, comprendiéndolo, o sea explicándolo [y justificándolo] en esa determinada situación histórica”. Si el político o el “intelectual”, para seguir con Gramsci, “no comprende y no siente, sus relaciones con el pueblo-masa son o se reducen a relaciones puramente burocráticas, formales: los intelectuales se convierten en una casta o un sacerdocio”. Al contrario, si esta relación “es dada por una adhesión orgánica en la que el sentimiento pasión se vuelve comprensión y por lo tanto saber (no mecánicamente, sino en forma viva), solo entonces la relación es de representación, y se produce el intercambio de elementos individuales entre gobernantes y gobernados, entre dirigidos y dirigentes, o sea se realiza la vida de conjunto que es la única fuerza social, se crea el ‘bloque histórico’” (Gramsci, 1981: 164). En otras palabras, la forja del liderazgo de Hugo Chávez y la resolución del problema de la “representación” de las “clases marginales” se tradujo en la creación de un “bloque histórico” de carácter nacional y popular.

Analizando el caso venezolano, hemos señalado el carácter policlasista del “movimiento nacional” que llevará a Hugo Chávez al poder en 1998, pero también hemos subrayado el “peso social” de los sectores proletarios: de la clase trabajadora en proceso de subproletarización, y en particular de lo que el mismo Chávez había catalogado como “clases marginales”. Esta centralidad, insistimos, le imprimirá a la revolución bolivariana su sello distintivo. En cualquier caso, lo que nos interesa apuntar ahora mismo es que Chávez en efecto ejercerá una “dirección bonapartista” de cara a la sociedad venezolana. Pero antes de estar en condiciones de ejercer un liderazgo de tal naturaleza, tendrá que hacerlo en el seno del “movimiento nacional”. Notablemente, Chávez propenderá siempre a un tipo de “solución arbitral” en favor de los intereses de la clase trabajadora. De igual forma, antes de que lo anterior sea posible, Chávez tendrá primero que erigirse en “caudillo” de las clases populares. Por último, previo a la interlocución entre el líder y “el sujeto de la lucha”, el subproletariado tendrá que traer a Chávez a la escena política. Tal es la concatenación de circunstancias históricas.

Podría afirmarse que, en estricto sentido, la “coyuntura bonapartista” de la revolución bolivariana iniciará en marzo de 1994, con la decisión de Hugo Chávez de irse a las “catacumbas”, y culminará en agosto de 2004, con el referendo para decidir su continuidad en el poder. En julio de 1996, con la publicación de la Agenda Alternativa Bolivariana, el movimiento bolivariano demostrará que ya es una fuerza capaz de interpelar a la sociedad venezolana. Todavía entre finales de 1996 y comienzos de 1997, Chávez sostendrá un intenso debate a lo interno del movimiento sobre la conveniencia de apostarle a la salida electoral y democrática (Iturriza, 2022b: 73-76). Finalmente, en abril de 1997, el movimiento lo elegirá como su precandidato presidencial. En adelante, el movimiento nacional engrosará sus filas. En diciembre de 1998, será electo Presidente por primera vez. Durante el lustro comprendido entre 1999 y 2003, y sobre todo a partir de la promulgación de las Leyes Habilitantes, en noviembre de 2001, el conflicto histórico entre dos proyectos de nación antagónicos alcanzará su punto más álgido. Entonces, conforme al esquema planteado

por Gramsci, la situación describirá a “fuerzas en lucha” que “se equilibran de modo catastrófico”, con la importante variante de que “la fuerza progresiva A” finalmente logra derrotar política y militarmente a “la fuerza regresiva B”, evitando la “destrucción recíproca” y preservando en el poder al líder de “la fuerza progresiva A”. En consecuencia, se consolidará el liderazgo del tipo “cesarismo progresista”, prevaleciendo el “elemento revolución”. Comentaba Zavaleta Mercado, refiriéndose al plebiscito organizado por Napoleón III un año después del golpe de Estado del 2 de diciembre de 1851, que resultaba “asombroso” el hecho de que “detalles como el golpe de Estado desde el mismo poder o las elecciones ratificadoras por mayorías aplastantes -como la que proclamó el Imperio por 7.800.000 votos contra 250.000- hayan sido después tan linealmente repetidas por Vargas, con el golpe del 37, o por los plebiscitos peronistas” (Zavaleta Mercado, 2015: 222). Si bien es cierto que, en contraste, Chávez no organizó un “golpe de Estado desde el mismo poder” y el referendo de agosto de 2004 fue realizado a pedido de las fuerzas opositoras, el resultado fue, en efecto, su categórica ratificación. Tras este último episodio, a nuestro juicio, y como decíamos al principio, se dará por culminada la “coyuntura bonapartista” y, como ya apuntáramos también, se cerrará el momento reconstitutivo de la nación venezolana abierto en 1983. En adelante, Chávez se concentrará fundamentalmente en arbitrar las contradicciones a lo interno del chavismo y en conjurar la amenaza de una “revolución pasiva”, siempre latente.

Virtud y fortuna, fin de la coyuntura bonapartista y el problema de la organización

Uno de los tópicos más recurridos a la hora de evaluar la actuación de Hugo Chávez durante su permanencia en el poder, desde el 2 de febrero de 1999, cuando asume su mandato, hasta el 5 de marzo de 2013, cuando muere, es aquel según el cual este habría tenido la “fortuna” de disponer de una elevada renta derivada del alza de los precios del petróleo, lo que le habría permitido lograr el cometido de comenzar a saldar la

inmensa “deuda social” acumulada históricamente. No resulta en lo absoluto casual que se recurriera a idéntico tópico en el caso de Lula en Brasil. Pero como bien apunta André Singer, “la coyuntura internacional es apenas la mitad de la masa. Las opciones por la transferencia de renta y la expansión del crédito a los más pobres, hechas desde el inicio del gobierno, permitieron que la oportunidad abierta por la expansión mundial fuese aprovechada de manera singular. No fue la mejora de las condiciones macroeconómicas la que hizo que alguna ‘sobra’ llegara a los pobres, como parece creer parte de los observadores [...]. Fue la *fortuna* de la coyuntura internacional asociada a la *virtud* de apostar a la reducción de la pobreza con la activación del mercado interno lo que produjo el soporte material del lulismo” (Singer, 2012). Tal y como en el Brasil de Lula, en la Venezuela de Chávez se conjugaron “fortuna” y “virtud”. Pero en el caso venezolano se pretende además, y contra toda evidencia, escamotear una verdad histórica: el incremento de los precios del petróleo y, por tanto, la elevación de la renta nacional, fue consecuencia, en muy importante medida, de la actuación de Hugo Chávez.

Como recordará Mommer: “Hugo Chávez asumió la Presidencia en febrero de 1999 en medio del peor colapso de los precios en los mercados petroleros mundiales en cincuenta años. La situación, sin embargo, pronto cambió radical y favorablemente; y no hay dudas sobre el rol crucial que jugó el gobierno de Chávez en esta recuperación. El último gobierno del *ancien régime* había estado muy cerca de abandonar la OPEP. La política de PDVSA, anunciada públicamente, de maximizar volúmenes, desatendiendo las cuotas de la OPEP y sus objetivos de precios, fue la mayor causa individual de la crisis de los precios petroleros de 1998” (Mommer, 2010: 329).

En septiembre de 2000, Venezuela organizó la Segunda Cumbre de Jefes de Estado de la OPEP. Sin duda la más importante de todas las Leyes Habilitantes promulgadas en noviembre de 2001, una nueva Ley Orgánica de Hidrocarburos entraría en vigencia el 1 de enero de 2002. Con este nuevo instrumento jurídico la tasa de regalía aumentó al 30%. En octubre

de 2004, el Gobierno puso fin a la tasa de regalía del 1% aplicada a las “asociaciones”, a través de las cuales, como recordaremos, y junto a los “convenios operativos”, el estamento petrolero había logrado avanzar en su agenda privatizadora. En 2005, fueron declarados ilegales los “convenios operativos”, y se ofreció a las compañías petroleras extranjeras migrar a la Ley Orgánica de Hidrocarburos vigente desde 2001. Las negociaciones culminaron en marzo de 2006: en adelante, el capital extranjero participaría a través de la figura de “empresas mixtas”, que pagarían una regalía de un tercio, y el Estado venezolano se reservaría una participación accionaria de mínimo 60%. En mayo de 2006, fue creado un impuesto de extracción de un tercio. En 2007, y tras negociaciones fallidas, el Gobierno decidió la migración obligatoria de las petroleras extranjeras involucradas en las “asociaciones” a la Ley Orgánica de Hidrocarburos, aplicándose las mismas pautas establecidas para las “empresas mixtas”. Se eliminaba así, en palabras del propio Chávez, “el último rastro que nos quedaba de la nefasta Apertura petrolera” (Chávez, 2007).

De manera que, en el caso venezolano, no solo la “virtud” antecedió a la “fortuna”, sino que esta última fue en buena medida consecuencia de aquella. A su vez, incurriríamos en un error si decidiéramos explicar el significado de dicha “virtud”, restringiéndola al dominio exclusivo de la habilidad política de Hugo Chávez y sus más cercanos colaboradores. Su significado histórico solo es comprensible ateniéndonos a los hitos fundamentales de la década virtuosa la política, a los que nos hemos referido en el aparte anterior, a la manera como el movimiento bolivariano lidia con ellos, y al acumulado político resultante de esta suerte de trabajo de lidia. Con todo, no se trata de un acumulado que pueda medirse en términos cuantitativos. Lo que comenzará a ocurrir durante la década de 1990, parafraseando a Gramsci, será una transformación cuantitativa-cualitativa, o por lo menos esa posibilidad quedará instalada cuando inicie la “coyuntura bonapartista”.

En otro pasaje de sus “Cuadernos de la cárcel”, examinando la cuestión del “cesarismo”, Gramsci planteará tres escenarios posibles. Primer

escenario: “En el caso de César y Napoleón I se puede decir que A y B, aun siendo distantes y contrarias, no eran sin embargo tales que no pudieran llegar ‘absolutamente’ a una fusión y asimilación recíproca después de un proceso molecular, lo que en efecto ocurre, en cierta medida al menos (suficiente sin embargo para los fines histórico-políticos del cese de la lucha orgánica fundamental y por lo tanto de la superación de la fase catastrófica) [...]. El cesarismo de César y de Napoleón I fue, por decirlo así, de carácter cuantitativo-cualitativo, es decir, representó la fase histórica de paso de un tipo de Estado a otro tipo, un paso en el que las innovaciones fueron tantas cuantitativamente y tales, que representaron una completa transformación cualitativa”. Segundo escenario: “la fase catastrófica puede establecerse por deficiencia política [momentánea] de la fuerza dominante tradicional, y no ya por una deficiencia orgánica insuperable necesariamente. Esto es precisamente lo sucedido en el caso de Napoleón III. La fuerza dominante en Francia desde 1815 hasta 1843, se había escindido políticamente en cuatro facciones [...]. Las luchas internas de facciones eran tales que hacían posible el avance de la fuerza antagonista B (progresista) en forma ‘precoz’; sin embargo, la forma social existente no había agotado aún sus posibilidades de desarrollo, como en efecto la historia posterior demostró abundantemente. Napoleón III representó (a su modo, o sea según la estatura del hombre, que no era grande) estas posibilidades latentes o inmanentes [...]. El cesarismo de Napoleón III fue sólo y limitadamente cuantitativo; no hubo paso de un tipo de Estado a otro, sino sólo ‘evolución’ del mismo tipo, según una línea ininterrumpida”. Tercer escenario: “En el mundo moderno el equilibrio de perspectivas catastróficas no se da entre fuerzas contrarias que en último análisis podrían fundirse y unificarse, aunque fuese después de un proceso fatigoso y sangriento, sino entre fuerzas cuyo conflicto es irremediable históricamente y se profundiza aún más especialmente con el advenimiento de formas cesaristas. El cesarismo tiene, sin embargo, un margen, más o menos grande, según los países y su significado en la estructura mundial, porque una forma social tiene ‘siempre’ posibilidades marginales de ulterior desarrollo y ordenamiento organizativo, y especialmente

puede contar con la debilidad relativa de la fuerza antagonista y progresiva, por la naturaleza y el modo de vida peculiar de ésta” (Gramsci, 1996: 105-106).

Así, tenemos que cuando inicia la “coyuntura bonapartista” en Venezuela, con la salida de Hugo Chávez de la cárcel y con su pasaje por las “caticumbas”, lo que estará en juego será la gestación de una fuerza que, si es consecuente -como en efecto lo será- con sus postulados estratégicos, y si está dispuesta a llevar hasta sus últimas consecuencias el programa político a través del cual interpela a la sociedad venezolana, no se planteará la posibilidad de una “fusión y asimilación” con las fuerzas del sistema, como en el primer escenario de Gramsci, sino que se aprestará a un conflicto que valora como “irremediable históricamente”, como en el tercer escenario. También conforme a este último, el conflicto se profundizará con el “advenimiento” del liderazgo del tipo “cesarismo progresista” que encarnará Chávez ya en funciones como Presidente. Como en el primer escenario, y coherente con los cambios que han comenzado a tener lugar durante la década virtuosa de la política, Chávez ejercerá un liderazgo que procurará representar “la fase histórica de paso de un tipo de Estado a otro tipo”, esto es, intentará sentar las bases para “una completa transformación cualitativa” del estado de cosas. Dicho de otra forma, Chávez perseguirá el objetivo de darle una salida “progresiva” al momento reconstitutivo de la nación venezolana. No obstante, y tal y como se presenta la situación en el tercer escenario gramsciano, el “cesarismo progresista” de Chávez tendrá que vérselas con un margen de acción determinado por la posición de Venezuela en la “estructura mundial”, esto es, por el hecho de intentar hacer una revolución en un país que ocupa una posición periférica, subordinada y dependiente, con una economía “extravertida”, circunstancia que, al mismo tiempo, determinará la “debilidad relativa” de la fuerza progresiva, y dejará abierta la posibilidad de ulteriores desarrollos de la formación social que se pretende transformar en clave revolucionaria.

El fin del momento reconstitutivo de la nación venezolana coincidirá no solo con el cierre de la “coyuntura bonapartista”, sino con el fin de la fase de contracción financiera iniciada en 1983. A partir de 2003, volverán a converger las sendas de acumulación material y financiera, iniciando lo que Malfred Gerig ha denominado una “Edad Dorada” (Gerig, 2022: 70) del “siglo petrolero” venezolano, que se extenderá durante nueve años, hasta 2012. A propósito del término acuñado por Gerig, consideramos oportuno rescatar del olvido la periodización que hacía Hugo Chávez durante sesión especial de la Asamblea Nacional del 28 de septiembre de 2001, con motivo de la presentación de las “Líneas Generales del Plan de Desarrollo Económico y Social de la Nación 2001-2007”. En aquella oportunidad, Chávez explicaba que en la propuesta que a título personal había elevado ante la Asamblea Nacional Constituyente, planteaba períodos de gobierno de siete años “con posibilidad de reelección inmediata”, porque era necesario garantizar “longitud a la maniobra” o “profundidad a la maniobra estratégica”. En razón del “profundo daño: moral, político, económico, social y de todo tipo”, era necesario “buscar una maniobra en profundidad”. Argumentaba: “Aquí no son viables proyectos cortoplacistas y superficiales [...], convenzámolos de esto [...]. A un mal estructural solo le cabe una solución estructural profunda, y el daño viene de lejos [...], tiene profundidad [...], pues no se va a solucionar con una maniobra de corto plazo. La solución, que tiene muchas variables, y surgirán caminos, pero sean cuales fueren las variantes del camino central estratégico, preparémoslos, porque la maniobra va para largo plazo”. Como es sabido, la Constituyente “soberanamente decidió períodos de seis años, y este plan estratégico nuestro lo hemos pensado y visualizado a veinte años, por eso hablamos del 2001-2021. Realmente solo en dos décadas, creemos, Venezuela puede fortalecerse de manera definitiva y sin posibilidad de retorno en lo social, en lo político, en lo ético, y nosotros bien podemos ser un [...] pequeño gran país, hermanado con todos los países del mundo”. La década comprendida entre 2001 y 2011, en buena medida coincidente con la “Edad Dorada” del “siglo petrolero” venezolano, habría de ser, en palabras de Chávez, la “década de plata” del proyecto

nacional y popular, mientras que la siguiente, entre 2011 y 2021, tendría que ser la “década de oro” (Chávez, 2001).

En cualquier caso, más allá de esta coincidencia puntual, lo que nos interesa ahora es subrayar tanto la mirada de largo plazo de Hugo Chávez, como su convicción respecto de la necesidad de acometer cambios profundos y estructurales. La firma del decreto convocando al pueblo venezolano a decidir sobre la pertinencia de una Asamblea Nacional Constituyente, el 2 de febrero de 1999, su posterior elección, el 25 de julio de 1999, el referendo popular aprobatorio de la Constitución de la República Bolivariana de Venezuela, el 15 de diciembre de 1999, y por último la total relegitimación de los poderes, el 30 de julio de 2000, le garantizaban un margen de acción suficiente. Estaba ya en condiciones de apelar a una “maniobra estratégica en profundidad”. Ya hemos tenido ocasión de detenernos en las consecuencias inmediatas de tal decisión. Ahora bien, lo que comenzará a ocurrir durante los últimos días del momento reconstitutivo de la nación venezolana, es decir, muy poco antes del cierre de la “coyuntura bonapartista”, y en los comienzos de la “Edad Dorada”, es que Chávez volcará su acción de gobierno a saldar la “deuda social” acumulada durante el “siglo petrolero”, haciendo especial énfasis en las capas subproletarizadas, esto es, en eso que el mismo Chávez identificara durante la década de 1990 como “clases marginales”. Lo hará, como es ampliamente conocido, con la creación de las primeras Misiones sociales, en 2003. Celebrado el referendo popular que lo ratifica en la Presidencia, en agosto de 2004, considerará que dispone de un margen de maniobra que le permite redoblar y profundizar la apuesta estratégica: en enero de 2005, hará pública su opción por el socialismo. Y es justo en este punto donde la revolución bolivariana rompe con el molde conceptual construido por Zavaleta Mercado, aunque también es posible otorgarle el beneficio de la duda a un intelectual tan sagaz: o bien “el bonapartismo es siempre conservador”, o bien no siempre lo es, o bien a partir de este momento no puede caracterizarse a Chávez como líder “bonapartista”. Aun considerando que la cuestión debe quedar abierta y estar sujeta a análisis posteriores, nos inclinamos por la segunda opción: el liderazgo de Hugo

Chávez vendría a demostrar que el “bonapartismo” no es siempre conservador. En ningún caso puede catalogarse el “bonapartismo” de Chávez como un “conservadurismo diferido”, esto es, como un liderazgo del tipo “reformismo bonapartista” que, no obstante no pretender encabezar una revolución o “reemplazar al Estado burgués”, cumple una función “progresiva” dadas las singularidades de la formación social venezolana.

“Perón ni Vargas ni Cárdenas se propusieron jamás la construcción del socialismo”, ha escrito Zavaleta Mercado. En el caso de Chávez, consideramos que la opción por el socialismo va más allá de lo declarativo. Volvamos por un instante sobre aquella “ruptura epistemológica” que supuso la forja de la idea-fuerza de democracia participativa y protagónica. Esta no solo resultará decisiva durante la década virtuosa de la política, sino que determinará casi siempre el tipo de interlocución que establecerá con las clases populares. A nuestro juicio, el líder bolivariano no resolverá la cuestión de la “representación” de las “clases marginales” para incluirlas “ordenadamente”, “domesticándolas inmediatamente”, en palabras de Zavaleta Mercado. Antes al contrario, consideramos que el momento que se abre a partir de la opción por el socialismo, lo que supone comenzar a encarar la cuestión de la transformación de una estructura económica subordinada y dependiente, implicará al mismo tiempo plantearse el problema de cómo aprovechar de manera óptima el factor más importante de todos: el subproletariado. ¿Cómo disponer correctamente de semejante fuerza? Más importante aún, ¿cómo darle rienda suelta a su potencial subversivo y creador o, lo que es lo mismo, cómo evitar, precisamente, domesticarla? ¿Cómo estar a la altura de un sujeto hasta hace poco marginalizado y ahora movilizadísimo, crecientemente politizado, pero aún, en buena medida, desorganizado? ¿Cómo potenciar su capacidad de actuar como factor regenerativo de los vínculos sociales destruidos por la “acumulación por desposesión”? ¿Cómo crear las condiciones para avanzar en su dignificación a través del trabajo productivo? Dicho de otra manera, resuelto el problema de la “representación”, Chávez tendrá que enfrentarse al problema de la organización del subproletariado,

una “debilidad relativa”, a decir de Gramsci, de la mayor importancia para el movimiento bolivariano.

Intentando resolver este problema de la organización, Hugo Chávez promoverá la creación de los primeros consejos comunales, en julio de 2005. Notablemente, estas formas de organización aparecen prefiguradas tan temprano como en 1991, en “El libro azul” (Chávez, 2013: 78), suscrito por el mismo Chávez, y suerte de resumen de los planteamientos programáticos de un movimiento bolivariano a punto de insurgir por la vía armada.

Con todo, y como resultaba hasta cierto punto predecible, el impulso de estos espacios de autogobierno popular muy pronto dejó al descubierto otra importante “debilidad relativa” del movimiento bolivariano: la profunda desconfianza de parte importante de la clase dirigente, del estamento funcional y de la burocracia política respecto de aquellos, y por tanto una fuerte tendencia a instrumentalizarlos y subordinarlos, en fin, a domesticarlos y debilitarlos, intentando crear las condiciones para lo que pudiéramos denominar una pasivización de las clases populares. Gerardo Rojas (Rojas, inédito) ha rescatado del olvido una circunstancia que habla muy elocuentemente de las tensiones políticas a lo interno del movimiento durante aquella coyuntura: originalmente, la creación de los consejos comunales estaba prevista para después de las elecciones presidenciales de diciembre de 2006, caso en el cual aquella habría coincidido con la fundación del Partido Socialista Unido de Venezuela (PSUV). En palabras de Hugo Chávez, de junio de 2006: “pero como las dinámicas tienen su propio ritmo, y a veces se aceleran sin que uno quiera, nos dimos cuenta de que no podíamos esperar” (Chávez, 2006). La cuestión de fondo era, sin duda, el problema de la organización del subproletariado. Para resolverlo, había que comenzar por reconocer que esta fracción de clase tenía su propia “dinámica”, y esta última su propio “ritmo”, para emplear los términos del mismo Chávez. Esta “dinámica” se caracterizó desde sus inicios, entre otras cosas, por una desconfianza raizal en los partidos políticos, lo que puede comprenderse perfectamente

si no se soslaya la manera como las “clases marginales” se incorporan a la lucha política durante la década de 1990: no a través de un partido, como había ocurrido durante la coyuntura 1945-1948, sino a pesar y en contra de los partidos. Dicha “dinámica” estuvo a su vez determinada por la propia dinámica del liderazgo de Chávez, que privilegiaba la interlocución directa, sin mayores mediaciones, con el grueso de su base social de apoyo. De manera que la desconfianza entre el grueso de la clase dirigente, el estamento funcionarial y la burocracia política, de un lado, y el subproletariado, del otro, era mutua. Como ya hemos apuntado, Chávez se inclinará siempre por una “solución arbitral” en favor de los intereses de este último, pero sin prescindir de los primeros. En todo caso, resulta claro que la creación de los primeros consejos comunales mediando 2005, obedeció al siguiente cálculo estratégico: retrasar la decisión en uno o dos años con el propósito de acompañar los ritmos del subproletariado a los del conjunto del movimiento, habría significado desperdiciar una energía política descomunal.

Las fuertes tensiones entre los consejos comunales y alcaldías, gobernaciones, ministerios y burocracia política se hicieron manifiestas desde el mismo momento de su gestación. Suele recordarse la advertencia realizada por Hugo Chávez durante el Primer Aló Presidente Teórico, en junio de 2009, en el sentido de que los consejos comunales no podían convertirse en “apéndices” de ninguna institución (Chávez, 2009). Menos conocido es el hecho de que Chávez se había referido al asunto, empleando el mismo término, y con idéntico énfasis, al menos en tres oportunidades distintas, tan pronto como durante el primer trimestre de 2006 (Rojas, inédito). Estas tensiones se agudizarán durante 2008. En enero de aquel año, Chávez planteará la necesidad de ir identificando territorios con la suficiente cualificación política y organizativa como para ensayar la conformación de las primeras Comunas, encargando de esta tarea al Ministerio de Planificación. En abril, anunciará el pronto lanzamiento de la Misión 13 de Abril, que será finalmente creada en agosto del mismo año. La iniciativa tendrá como punto de partida el mismo concepto de “sistema de gobierno multiescalar”, agregando una nueva escala, la Comuna,

aprovechando la experiencia acumulada durante los tres años precedentes, con los consejos comunales. El objetivo seguirá siendo superar las condiciones de pobreza y miseria en las comunidades. La nueva Misión supondrá un esfuerzo de articulación en el territorio del conjunto de Misiones sociales y, más allá, el desarrollo de las fuerzas productivas en las comunidades. En adelante, ninguna otra iniciativa de autogobierno popular será capaz de igualar en energía potencial política y económica a las Comunas, y estas pasarán a la historia como la forma más acabada de organización de la revolución bolivariana. No obstante esto último, suele pasarse por alto la muy singular coyuntura histórica en que Chávez procede a su impulso.

Apenas un mes antes, el 2 de diciembre de 2007, Hugo Chávez había encajado la que sería su primera y única derrota electoral, a propósito del referendo para decidir sobre la reforma constitucional promovida por el líder bolivariano. La propuesta sería rechazada popularmente por muy escaso margen. De las múltiples razones que pueden esgrimirse para explicar semejante resultado, consideramos que una es la fundamental: es posible que nunca antes -y tampoco nunca después- haya sido tan débil la relación de interlocución entre Chávez y las clases populares. Como planteáramos en aquella oportunidad: “Ese mismo pueblo que, en palabras de Chávez, resultó reelecto en diciembre de 2006, el mismo al que le juró mandar obedeciendo, no fue convocado a participar en la elaboración de la propuesta de reforma. De allí que una parte considerable del chavismo nunca hiciera suya la propuesta de Chávez” (Iturriza, 2016: 42). En realidad, y más allá de lo antes dicho, durante aquel año es posible identificar un primer e importante punto de inflexión en el decurso de la revolución bolivariana. Así, por ejemplo, a partir de la creación del PSUV -que el mismo Chávez llegará a considerar como uno de dos brazos de un mismo cuerpo, el otro de los cuales sería el Gobierno- comenzaría a hacerse cada vez más evidente la existencia de una burocracia política firmemente comprometida en el esfuerzo por domesticar la rebeldía popular. Aparejado con lo anterior, comenzaría a manifestarse con fuerza un fenómeno que en su momento definimos como gestionalización de la

política (Iturriza, 2016: 112-116) y que refiere a cierta propensión a replegarse en el Estado para administrar el estado de cosas, en lugar de apalancarse en lo que Marx denominaba el “movimiento real” (Marx, 2014: 29) para transformar el Estado. Dicho fenómeno podría ser entendido como una forma muy singular de expresión de lo que Gramsci definía como “estadolatría”. Apuntaba Gramsci: “El análisis no sería exacto si no se tomasen en cuenta las dos formas en que el Estado se presenta en el lenguaje y la cultura en épocas determinadas, o sea como sociedad civil y como sociedad política, como ‘autogobierno’ y como ‘gobierno de funcionarios’. Se da el nombre de ‘estadolatría’ a una determinada actitud hacia el ‘gobierno de funcionarios’ o sociedad política, que en el lenguaje común es la forma de vida estatal que se da el nombre de Estado y que vulgarmente es entendida como todo el Estado”. En un proceso de cambio, esto es, orientado a “crear una nueva civilización, un nuevo tipo de hombre y de ciudadano”, es preciso “determinar la voluntad de construir en el marco de la sociedad política, una sociedad civil compleja y bien articulada, en la que el individuo particular se gobierne por sí mismo sin que por ello este su autogobierno entre en conflicto con la sociedad política, sino por el contrario, se convierta en continuación normal, en su complemento orgánico”. Sin embargo, en el caso de “algunos grupos sociales, que antes de acceder a la vida estatal autónoma no han tenido un largo período de desarrollo cultural y moral propio e independiente [...], un período de estadolatría es necesario e incluso oportuno: esta ‘estadolatría’ no es más que la forma normal de ‘vida estatal’, de iniciación, al menos, en la vida estatal autónoma y en la creación de una ‘sociedad civil que no fue históricamente posible crear antes del acceso a la vida estatal independiente”. Pero esta “estadolatría”, advierte Gramsci, “no debe ser abandonada a sí misma”, y en lugar de ser asumida como “perpetua”, “debe ser criticada, precisamente para que se desarrolle y produzca nuevas formas de vida estatal, en las que las iniciativas de los individuos y grupos sea ‘estatal’ aunque no se deba al ‘gobierno de funcionarios’” (Gramsci, 1984: 282-283). En el caso venezolano, es decir, parafraseando a Zavaleta Mercado, en el contexto de un intento más o

menos drástico de construir un Estado en un “esquema de emergencia”, la “estadolatría” se manifestaría antes en la naciente “sociedad política” o “gobiernos de funcionarios”, que en la “sociedad civil” o “autogobierno” en pleno proceso de creación, expresándose como gestionalización de la política. Las circunstancias previamente mencionadas nos permiten comprender el profundo significado histórico contenido en el hecho de que Hugo Chávez procediera a redoblar la apuesta por el “autogobierno” iniciando 2008.

El 15 de febrero de 2009, será resuelta por la vía refrendaria la cuestión relativa a la posibilidad de que Hugo Chávez se postule nuevamente como candidato presidencial. En 2010, días después de conocidos los resultados de las elecciones parlamentarias del 26 de septiembre, jornada durante la cual la oposición venezolana lograría acumular un porcentaje de votos ligeramente inferior al conquistado por el chavismo, Chávez realizaría una fuerte autocrítica pública, que se traduciría luego en un documento intitulado “Líneas estratégicas de acción política”, publicado en enero de 2011. Allí puede leerse: “Sin embargo, a pesar de haber logrado preservar una amplia mayoría en la Asamblea Nacional en las últimas elecciones parlamentarias, los resultados pusieron en evidencia algunas fallas en el funcionamiento del PSUV y su vinculación con la base social de apoyo a la Revolución. Entre las posibles causas de esta situación, podemos verificar, en mayor o menor medida, algunas actitudes o desviaciones características de los partidos tradicionales, tales como el burocratismo, el oportunismo, el sectarismo, el nepotismo y el gradual alejamiento de la base social bolivariana, resultantes de la persistencia de la ‘cultura capitalista’ en el seno de la sociedad. Esta cultura es reproducida a lo interno del Partido, y se expresa en que algunos sectores lo conciben como un medio para el ‘ascenso social’ de los y las militantes con responsabilidades de dirección a distintos niveles. Algunos camaradas se consideran líderes absolutos e indiscutibles en sus espacios, y asumen la discrecionalidad de excluir del Partido, y hasta de la Revolución, a quienes se atrevan a diferir o a disentir de ellos y ellas. De acentuarse este tipo de comportamiento, el PSUV podría terminar convertido en un partido/

iglesia, una suerte de ‘guía de las masas incultas,’ que considera a sus militantes y a las diversas formas de organización popular como simples correas de transmisión de la línea indiscutible de los nuevos ‘sacerdotes.’ De seguirse este camino, estas prácticas debilitarán la base social de apoyo a la Revolución Bolivariana”. Apuntaba Chávez, adicionalmente, que en el seno del PSUV “se ha venido produciendo una imposición de la lógica de la maquinaria, donde se concibe el hecho electoral como un fin en sí mismo, y no como una tarea en la lucha por democratizar radicalmente la sociedad venezolana. La amplia base social de la Revolución termina instrumentalizada bajo la forma de ‘masa de maniobra’ electoral en cada proceso, y lo que es peor, con formas organizativas que cada año se redefinen en función del mismo, perdiendo por ende su condición de sujeto de la Revolución”. Instaba, en consecuencia, a construir lo que entonces denominó como un “Partido-Movimiento al servicio de las luchas del pueblo” (PSUV, 2011: 3-4).

Aunque hoy en día pueda resultar inasimilable, Hugo Chávez radicalizaría aún más su postura crítica, llegando incluso a poner en entredicho la idea de que el partido era “esencial” para la revolución bolivariana. En acto con motivo del lanzamiento del Gran Polo Patriótico, el 7 de octubre de 2011, es decir, exactamente un año antes de la última elección presidencial en la que participará, Chávez planteará, siguiendo a Gramsci: “La crisis orgánica tiene que dar pie al nacimiento de un nuevo sistema hegemónico, pero eso no va a nacer como caído del cielo: o lo hacemos o nunca va a surgir. El asunto no es determinista [...]. He ahí una vieja concepción clásica de malas interpretaciones de algunas teorías revolucionarias que decían, y todavía algunos dicen, que el socialismo es algo que llegará inevitablemente. No. Eso no es así [...]. No, hay que engendrarlo, pujarlo y parirlo. Sí, y después de parirlo hay que cuidarlo y alimentarlo y marchar con él [...]. Del nuevo sistema hegemónico debe surgir el nuevo bloque histórico. Ahora, un bloque blindado tiene que ser, contra los ataques de la burguesía nacional e internacional. Aquí tengo otras notas para discutir las otro día, de lo que habla, de lo que dice Gramsci de la clase fundamental, que es la clase obrera. Pero la clase obrera, hoy en

día, creo que más que fundamental, más que caer en el esencialismo de la clase obrera, la clase obrera tiene igualarse con las demás clases populares. Yo creo que la clase esencial es el pueblo organizado, en lucha, en conciencia, en batalla. Algo así como una superclase [...]. Esto es para debatir, yo sé que habrá quienes no están de acuerdo con esto. Yo estoy es solo reflexionando, tampoco estoy diciendo que tengo la razón. Pero creo que la batalla de hoy trasciende, así como trasciende a los partidos, también trasciende a la clase obrera. El partido hoy no es esencial. Se habló mucho de que el partido era esencial para la revolución. No, el partido es un instrumento para la revolución. Lo esencial es el poder popular, organizado, consciente y en movimiento. Eso sí es lo esencial [...]. Más bien yo diría autoorganizado [...], con grandes dosis de autoorganización. Claro, pero dentro de un sistema [...] de redes, de enjambres [...]. Y así yo me prefiguro al Gran Polo Patriótico, como una gran red de redes, donde los movimientos mantengan su libertad plena, sus métodos internos, su identidad propia. Claro, pero que tengan la conciencia de que deben enlazarse en una gran red de movimientos que trasciende lo local, que trasciende lo esencialista [...] que trasciende incluso lo que yo creo, porque lo que yo creo es solo parte de una gran verdad que nadie tiene en su totalidad, lo que uno cree tiene que complementarse con lo que el otro y la otra creen y opinan, y discuten y plantean. Es la unidad, como se dice, la unidad en la diversidad” (Chávez, 2011). De estas reflexiones pueden extraerse un par de datos históricos de la mayor relevancia: en primer lugar, nótese el desplazamiento que se produce en el transcurso de una década, entre las “clases marginales” y el pueblo autoorganizado; en segundo lugar, su insistencia en discutir la centralidad de la “clase obrera” en abstracto, esencializada podríamos decir, esto último como consecuencia de lecturas deterministas. En todo caso, estos planteamientos dejan ver la audacia política de Chávez. De ellos se deriva también una importante conclusión: si bien es cierto que el líder bolivariano será perfectamente capaz de identificar la fuerte tensión entre el partido en tanto “instrumento para la revolución” y el pueblo autoorganizado, el problema de la organización de las clases populares permanecerá irresuelto.

El Gran Polo Patriótico, en los términos prefigurados por Chávez, nunca llegará a consolidarse. No obstante, aquellas reflexiones lograrán perfilar un horizonte estratégico en lo relativo a la cuestión de la organización, lo que no es poca cosa.

En buena medida gracias al apoyo de las fuerzas agrupadas en el Gran Polo Patriótico, Hugo Chávez se alzaría con la victoria en las elecciones presidenciales del 7 de octubre de 2012. Pocos días más tarde, el 20 de octubre, reunido junto a su equipo de gobierno, realizará su célebre síntesis del concepto de democracia: “Entonces, venimos con el tema de la democracia, el socialismo y su esencia absolutamente democrática, mientras que el capitalismo tiene en su esencia lo antidemocrático, lo excluyente, la imposición del capital y de las élites capitalistas. El socialismo no, el socialismo libera; el socialismo es democracia y la democracia es socialismo en lo político, en lo social, en lo económico” (Chávez, 2012a: 10). Durante la misma alocución, y de manera reiterada, insistirá en la necesidad de no perder de vista la importancia estratégica de las Comunas. “¡Comuna o nada!”, exclamará por primera y última vez. El 8 de diciembre de 2012 se dirigirá por última vez al país. Entonces, pedirá al pueblo venezolano dos cosas: la primera de ellas, que en caso de presentarse alguna “circunstancia sobrevenida” que lo inhabilitara para culminar su mandato e iniciar su nuevo período en la Presidencia, “ustedes elijan a Nicolás Maduro como nuevo Presidente de la República Bolivariana de Venezuela”; y la segunda: “garantizar la marcha de la revolución bolivariana, la marcha victoriosa de esta revolución, construyendo la democracia nueva, que aquí está ordenada por el pueblo en Constituyente; construyendo la vía venezolana al socialismo, con amplia participación, en amplias libertades” (Chávez, 2012b).

La situación del país había dado un giro de ciento ochenta grados hacia veintitrés años, con la rebelión popular de febrero de 1989, pero habían transcurrido apenas nueve años desde el inicio de la “Edad Dorada” del “siglo petrolero”, y tan solo ocho años desde el momento en que se cerrara la “coyuntura bonapartista” y finalizara el momento reconstitutivo de

la nación venezolana. Con todo y los profundos cambios experimentados durante aquellos años, apenas y había alcanzado el tiempo para sentar las bases de un “nuevo ciclo de la transición”, siendo uno de los factores decisivos el relativo a “la transformación de la base económica del país para hacerla esencial y sustancialmente democrática, porque la base económica de un país capitalista no es democrática, es antidemocrática, es excluyente y de allí la generación de riqueza y de grandes riquezas para una minoría, una élite, la gran burguesía, los grandes monopolios, y de allí también la generación de la pobreza y la miseria para las grandes mayorías” (Chávez, 2012a: 11, 16). En relación con este último punto referido por Hugo Chávez, y según datos del Instituto Nacional de Estadísticas, entre el primer semestre de 2003 y el segundo semestre de 2012, el porcentaje de hogares venezolanos en situación de pobreza había pasado del 54% al 21,2%, mientras que el porcentaje de hogares en situación de pobreza extrema había disminuido del 25,1% al 6%. Además, por primera vez desde el segundo semestre de 1993, la fuerza de trabajo informal (42,1%), sumada a la masa de desempleados (7,4%), representaban menos de la mitad (49,5%) del conjunto de la clase trabajadora. Como recordaremos, para el primer semestre de 1996, ambas representaban el 60,5% de la fuerza de trabajo. Durante la “Edad Dorada”, apuntará Gerig, “el PIB *per cápita* asciende desde el nivel de 1958, al cual había descendido en 2003, hasta superar holgadamente su punto máximo de 1976 en 2012. O lo que es lo mismo, el PIB *per cápita* incrementó 58,1% en tan sólo nueve años” (Gerig, 2022: 70-71). No obstante, y en retrospectiva esto puede leerse como un breve pasaje escrito en diálogo con Gramsci, advertía Chávez en la presentación de su programa de gobierno para el período 2013-2019: “nosotros estamos obligados a traspasar la barrera del no retorno, a hacer irreversible el tránsito hacia el socialismo” (Comando de Campaña Carabobo, 2012: 3). Porque como es preciso no olvidar, “una forma social tiene ‘siempre’ posibilidades marginales de ulterior desarrollo”. Pronto, la “debilidad relativa de la fuerza antagonista y progresiva” que liderizara Chávez, se expresaría como “revolución pasiva”.

BIBLIOGRAFÍA

- Blanco Muñoz, Agustín 1998 *Habla el Comandante Hugo Chávez Frías* (Caracas: Cátedra Pío Tamayo, CEHA/IIES/FACES/UCV)
- Chávez Frías, Hugo 2001 “Alocución en Sesión Especial de la Asamblea Nacional con Motivo de la Presentación del Plan de Desarrollo Económico y Social de la Nación” en <<http://www.todochavezweb.gob.ve/todochavez/2027-allocucion-del-ciudadano-presidente-de-la-republica-bolivariana-de-venezuela-hugo-chavez-frias-en-sesion-especial-de-la-asamblea-nacional-con-motivo-de-la-presentacion-del-plan-de-desarrollo-economico-y-social-de-la-nacion>>
- Chávez Frías, Hugo 2006 “Intervención durante IV Gabinete Móvil Comunal” en <<http://www.todochavezweb.gob.ve/todochavez/3142-intervencion-del-comandante-presidente-hugo-chavez-en-el-acto-con-motivo-del-iv-gabinete-movil-comunal>>
- Chávez Frías, Hugo 2007 “Aló, Presidente número 268” en <<http://www.todochavezweb.gob.ve/todochavez/4056-alo-presidente-n-268>>
- Chávez Frías, Hugo 2009 “Aló, Presidente Teórico N° 1” en <<http://www.todochavezweb.gob.ve/todochavez/6287-alo-presidente-teorico-n-1>>
- Chávez Frías, Hugo 2011 “Intervención durante acto de lanzamiento del Gran Polo Patriótico” en <<http://www.todochavezweb.gob.ve/todochavez/322-intervencion-del-comandante-presidente-hugo-chavez-durante-acto-de-lanzamiento-del-gran-polo-patriotico>>
- Chávez Frías, Hugo 2012a *Golpe de timón* (Caracas: Ediciones Correo del Orinoco)
- Chávez Frías, Hugo 2012b “Intervención durante reunión del consejo de ministros” en <<http://www.todochavez.gob.ve/todochavez/3-intervencion-del-comandante-presidente-hugo-chavez-durante-reunion-del-consejo-de-ministros>>
- Chávez Frías, Hugo 2013 *El libro azul* (Caracas: Ediciones Correo del Orinoco)
- Comando de Campaña Carabobo 2012 *Propuesta del candidato de la Patria Comandante Hugo Chávez para la gestión bolivariana socialista 2013-2019* (Caracas)
- Garrido, Alberto 2002 *Documentos de la Revolución Bolivariana* (Caracas: Edición del autor)
- Gerig, Malfred 2022 *La Larga Depresión venezolana. Economía política del auge y caída del siglo petrolero* (Caracas: Centro de Estudios para la Democracia Socialista, Editorial Trincherá)

- Gramsci, Antonio 1981 *Cuadernos de la cárcel* (México: Ediciones Era) Tomo 2
- Gramsci, Antonio 1984 *Cuadernos de la cárcel* (México: Ediciones Era) Tomo 3
- Gramsci, Antonio 1986 *Cuadernos de la cárcel* (México: Ediciones Era) Tomo 4
- Gramsci, Antonio 1999 *Cuadernos de la cárcel* (México: Ediciones Era, Benemérita Universidad Autónoma de Puebla) Tomo 5
- Iturriza López, Reinaldo 2016 *El chavismo salvaje* (Caracas: Editorial Trinchera)
- Iturriza López, Reinaldo 2022a *Política de lo común* (Buenos Aires: Acercándonos ediciones)
- Iturriza López, Reinaldo 2022b *Con gente como esta es posible comenzar de nuevo* (Caracas: Edición del autor)
- MBR-200 1996 *Agenda Alternativa Bolivariana. Una propuesta patriótica para salir del laberinto* (Caracas)
- Mommer, Bernard 2010 *La cuestión petrolera* (Caracas: PDVSA, Fondo Editorial Darío Ramírez)
- PSUV 2011 *Líneas estratégicas de acción política* (Caracas)
- Ramonet, Ignacio 2013 *Hugo Chávez. Mi primera vida* (Caracas: Vadell Hermanos Editores)
- Rodríguez Araque, Alí 2007 *Servir al pueblo. El desafío socialista* (Barquisimeto: Ministerio del Poder Popular para las Industrias Básicas y Minería, Compañía Nacional de Industrias Básicas, Corporación Venezolana de Guayana, Instituto Nacional de Geología y Minería)
- Rojas, Gerardo *Chávez y la democracia socialista. Claves, reflexiones y evolución de sus propuestas* (inédito)
- Singer, André 2012 *Os sentidos do Lulismo. Reforma gradual e pacto conservador* (Sao Paulo: Companhia das Letras)
- Zavaleta Mercado, René 2013 *Obra completa II* (La Paz: Plural editores)
- Zavaleta Mercado, René 2015 *Obra completa III* (La Paz: Plural editores) Volumen 2.





Notas sobre populismo y actualidad del concepto en el sistema político cubano

Ana Vera Estrada*

Caridad Massón Sena**

Durante el juicio que el gobierno de Fulgencio Batista hizo a los asaltantes a los cuarteles Moncada y Céspedes en Oriente, Fidel Castro en su alegato de defensa, conocido como *La Historia me absolverá*, señaló la situación difícil que vivía el país y planteó que sus acciones iban dirigidas a resolver los principales problemas existentes: el de la tierra, la falta de industrialización, la situación crítica de la vivienda popular, la educación y la salud pública.

* Licenciada en Lengua y Literatura Francesas por la Universidad de la Habana. Doctora en Filosofía por la Universidad Carolina de Praga (1982). Profesora Titular de la Facultad de Ciencias de la Comunicación de la UH. Profesora de la Maestría en Historia regional y local, Instituto de Historia de Cuba. Vicedirectora de Investigaciones del ICIC Juan Marinello (2011-2014) donde también preside la Cátedra de Oralidad Carolina Poncet y el Seminario Permanente de Familia desde 1999. Autora o coautora en más de quince libros, como *La dimensión familiar en Cuba. Pasado y presente* (2009) y *Guajiros del siglo XXI* (2012). Miembro del Grupo de Trabajo de CLACSO Izquierdas y luchas sociales en América Latina (2023-2025). Correo electrónico: avestra1949@gmail.com

** Licenciada en Educación, especialidad Filosofía e Historia (1981), Doctora en Ciencias Históricas (2000). Investigadora del Instituto de Historia de Cuba (2001-2003) y del Instituto Marinello desde 2003. Especialista en historia del movimiento comunista latinoamericano, las relaciones Iglesias Evangélicas y el Estado Cubano, y la política cultural de la Revolución Cubana. Es autora de libros como *El Curita* (2000), *Rubén: desde el recuerdo y la esperanza* (2006), *La Revolución Cubana en la vida de pastores y creyentes evangélicos*. Coordinó el libro: *Comunismo, socialismo y nacionalismo en Cuba* (2013) y *Cultura: debate y reflexión* (2017). Miembro del Grupo de Trabajo de CLACSO Izquierdas y luchas sociales en América Latina (2023-2025). Correo electrónico: caridad.mss@gmail.com

En ese documento define su concepto de “pueblo” cuando afirma: “[...] llamamos pueblo si de lucha se trata, a los seiscientos mil cubanos que están sin trabajo deseando ganarse el pan honradamente sin tener que emigrar de su patria en busca de sustento; a los quinientos mil obreros del campo que habitan en los bohíos miserables, que trabajan cuatro meses al año y pasan hambre el resto compartiendo con sus hijos la miseria, que no tienen una pulgada de tierra para sembrar [...]; a los cuatrocientos mil obreros industriales y braceros cuyos retiros, todos, están desfalcados, cuyas conquistas les están arrebatando, cuyas viviendas son las infernales habitaciones de las cuarterías, cuyos salarios pasan de las manos del patrón a las del garrotero, cuyo futuro es la rebaja y el despido, cuya vida es el trabajo perenne y cuyo descanso es la tumba; a los cien mil agricultores pequeños, que viven y mueren trabajando una tierra que no es suya, [...] para morir sin llegar a poseerla, que tienen que pagar por sus parcelas como siervos feudales una parte de sus productos, que no pueden amarla, ni mejorarla, ni embellecerla [...]; a los treinta mil maestros y profesores tan abnegados, sacrificados y necesarios al destino mejor de las futuras generaciones y que tan mal se les trata y se les paga; a los veinte mil pequeños comerciantes abrumados de deudas, arruinados por la crisis y rematados por una plaga de funcionarios filibusteros y venales; a los diez mil profesionales jóvenes: médicos, ingenieros, abogados, veterinarios, pedagogos, dentistas, farmacéuticos, periodistas, pintores, escultores, etcétera, que salen de las aulas con sus títulos deseosos de lucha y llenos de esperanza para encontrarse en un callejón sin salida [...]” (Castro, 1967: 25-26)

A ese pueblo, Fidel le pidió que luchara con todas sus fuerzas para que fueran suyas la libertad y la felicidad.

Varios estudiosos atribuyeron rasgos populistas al primer gobierno de Fulgencio Batista (1940-44). También a los gobernantes procedentes del Partido Revolucionario Cubano (Auténtico) como Ramón Grau San Martín y Carlos Prío Socarrás y al líder estudiantil y dirigente de la tendencia ortodoxa, Eduardo Chibás. Dichos enfoques representan la repercusión

en Cuba de las ideas que buscaban politizar un cierto sentido de la dignidad y la necesidad de la justicia social propios de los movimientos sociales del continente y asociarlo a la espontaneidad de otros procesos populistas de la época.

El liderazgo de Fidel se deslindó durante la etapa 1952-1958 del sentido clasista que el marxismo ortodoxo le atribuía al populismo en aquellos momentos. Él consideraba que para que la Revolución tuviera éxito en Cuba, país subdesarrollado con un proletariado circunscrito a ciertos sectores económicos, escasa organización e influido por varias corrientes ideológicas como el anarquismo, el anarcosindicalismo, el reformismo y el comunismo, ésta debía estar protagonizada por ese pueblo heterogéneo, integrado por numerosos grupos sociales que sufrían explotación de los sectores oligárquicos, aliados a los monopolios y al imperialismo norteamericano. Es por eso que su concepto de pueblo tuvo un sentido muy plural desde sus inicios.

Por la forma de actuar, trayectoria, alianzas políticas e intenciones expresadas en el documento citado, además del carisma personal y la pedagogía política, Fidel Castro mostró en esos primeros momentos, características esenciales de líder populista. Incluso después del triunfo revolucionario de 1959 creó un modo muy propio de relación con las masas populares basado en el ejercicio directo de la democracia, sin mediaciones, mientras que, poco a poco, fue asumiendo posiciones ideológicas en las cuales se mezclaron, de modo peculiar, el nacionalismo revolucionario y las directrices del marxismo-leninismo.

Tuvo razón Ernesto Laclau al expresar que “la dimensión horizontal autónoma es incapaz de producir cambios históricos de largo plazo si no es complementada por la dimensión vertical de la hegemonía, es decir por una transformación radical del Estado” (Laclau 2014: 9). Y que en el populismo, donde existe una pluralidad de actores populares, esta se identifica no solo por el antagonismo hacia el opresor, sino también por la condición del líder, que se vuelve significativa y representa la fusión

de identidades sociales heterogéneas. Tales liderazgos son generalmente cortos. Pero Fidel tuvo una vida larga y gracias a su atractiva personalidad y a su forma de dirigirse a las masas se distanció de ciertas prácticas de los populismos de la etapa clásica.

De acuerdo con el chileno Cristóbal Rovira Kaltwasser los populismos hay que estudiarlos en sus contextos y con sus particularidades. Él señala “que la Cuba de Fidel fue una especie de autocracia popular, ya que, quien lo ratificaba en el poder no era una élite política sino el propio pueblo reunido en asamblea general. [...] el populismo cubano se desarrolló dentro de una democracia limitada en el aspecto formal pero plena e informal, que identificó a la democracia directa como el mecanismo idóneo para el ejercicio del poder (Rovira Kaltwasser, 2012).

La ejecutoria fidelista demuestra que el populismo, por el camino socialista elegido, debía estar condicionado por la hegemonía de la clase obrera en tanto era preciso transitar hacia un gobierno revolucionario y progresista, y enfrentar el riesgo de que, al radicalizarse, se perdiera paulatinamente el apoyo de ciertos sectores de la sociedad. Como asegura Julio César Guanche: “Dentro de Cuba, acaso por el tipo de marxismo —de origen soviético— que ha tenido mayor circulación, y la recepción crítica que sus sucesivas elaboraciones hicieron del populismo, es raro encontrar usos de enfoques contemporáneos sobre el populismo” (Guanche, 2017)

En todo caso, en cualquier intento de explicación no se debe olvidar la posición geográfica de Cuba, que predetermina el enfrentamiento político permanente con la principal potencia imperialista mundial por un lado, y por otro, la peculiar relación histórico-cultural de los cubanos con su principal enemigo político, como ha demostrado el politólogo Rafael Hernández (Hernández, 2020)

¿Qué entender por autonomía en las condiciones del proceso hegemónico mundial de la segunda mitad del siglo XX y el primer cuarto del XXI?

Ese sería un elemento importante a considerar en el análisis del populismo cubano.

Imposible resulta en estos breves apuntes abordar de manera continua y conclusiva un proceso de creciente complejidad. Por eso nuestra intención es, sobre todo, aportar elementos que contribuyan a la comprensión del estado actual del debate. Los apuntes que siguen están basados pues en nuestra percepción de las principales complejidades políticas y económicas en Cuba hoy.

Sin tiempo para reivindicar su relación con la tradición populista continental pero sin deslindarse de ella, la izquierda cubana se encuentra en un momento requerido de mayor visibilidad en su diversidad, de manera que diferentes perspectivas compartan espacios de diálogo, no sólo en los medios sino principalmente en el accionar de gobierno cotidiano. En estos primeros meses del año se pueden identificar tres vertientes principales de posiciones desde la izquierda, no totalmente compatibles: a) una dominante, relativamente dogmática, continuista y aferrada a su raíz estalinista, b) una con pensamiento fresco, también continuista pero defensora del cambio gradual, surgida en espacios académicos, que aspira a reinterpretar críticamente el pasado reciente para garantizar un mejor futuro para todos y c) una cercana a posiciones de ultraizquierda, con presencia creciente en las redes sociales, que carece hasta el presente de una clara propuesta de país al alcance de todos; en la trastienda de esta última tendencia podría existir alguna aspiración a liderar levantamientos de masas confundidas por la pobreza, la propaganda política ineficaz y las “ayudas” económicas de ciertos agentes externos.

Para que la izquierda crítica, hasta ahora bastante sumergida en pequeños círculos de entendidos, prevalezca en el debate nacional, se precisa que su mensaje llegue por diferentes vías a un público de personas comunes a través de comunidades familiares, laborales y territoriales y desde ahí se eleve, mediante el desarrollo de iniciativas concretas y colectivas, hacia el sector dirigente que, en muchos sentidos, aunque hace acto de

presencia, no necesariamente comparte la cultura de sobrevivencia que caracteriza a las mayorías.

La sociedad cubana dejó atrás hace muchos años el igualitarismo económico con el que fue concebido el proyecto revolucionario y luego socialista. Con la introducción en los años 90 de fórmulas de mercado para escapar a la crisis económica profunda en que quedó el país después de la desaparición del campo socialista, que representaba una garantía de apoyo y perennidad basado en un paradigma disfuncional desde mucho antes, se comenzó a evidenciar una diferenciación social que ha continuado en ascenso.

Junto a las ventajas salariales y otras que otorga el Estado a algunos sectores productivos y de representación o servicios, necesarios para garantizar ingresos al presupuesto estatal que estimulen las escasas producciones exportables como medicamentos de alta tecnología, tabaco, ron, minería y otras esferas relativamente menos deprimidas, existe también una minoría muy enriquecida gracias a los negocios por cuenta propia, que no cuenta con una adecuada supervisión estatal. Se trata de pequeños bolsones de poder económico con relativa visibilidad a través de los medios, que no son representativas del estilo de vida del conjunto de la sociedad cubana, cuya inmensa mayoría se encuentra sumergida en una lucha desgastante por la sobrevivencia en la que enfrenta cotidianamente no solo insuficiencias de recursos materiales, medicamentos, transporte, servicios, sino incluso de liquidez monetaria.

Algunas políticas de corto plazo se toman desde el Estado para paliar esas carencias, pero sus resultados son intermitentes, de alcance limitado y en ocasiones han generado otros problemas. Como ejemplos aun relativamente recientes se puede mencionar la reducción obligatoria de las tarifas para el servicio de transporte colectivo que prestan los vehículos particulares o los precios “topados” para los productos agrícolas. Son dos soluciones aplicadas ya anteriormente, que han tenido resultados desfavorables y hubiesen podido servir de experiencia para evitar la

reiteración de circunstancias. Pero nada comparable a la situación creada por la creciente inflación de los precios y la escasez de circulante de los últimos meses, que permite esperar medidas centralizadas tan impopulares e inefectivas como las antes mencionadas.

Errores de diseño e implementación se cometen con frecuencia al buscar soluciones expeditas, que provocan tensiones en la población y contribuyen a desmerecer la labor del Estado y sus instituciones en un contexto internacional de guerra mediática que llega a toda la población a través de los canales de internet, de manera que las campañas políticas lanzadas desde los medios de comunicación estatales -no siempre poco creativas en su diseño aunque con relativa complacencia en discursos lastrados por una retórica que ya no está funcionando como antes- pierden fuerza y poder constituyente frente a escaramuzas urdidas con abundancia de recursos desde la oposición interna o desde el exterior.

El bombardeo de imágenes edulcoradas sobre los beneficios del capitalismo y el fracaso global del socialismo es la principal base informativa que se encuentra en el imaginario de los miles de cubanos jóvenes que en los últimos años han emprendido los múltiples caminos de la emigración, poniendo al país al borde del colapso respecto a la fuerza de trabajo y a las familias al borde de la desesperación. Desde luego que existen causas acumulativas relacionadas no solo con las políticas económicas sino con el tratamiento poco elaborado de problemas que son, en última instancia, también culturales. El enorme envejecimiento de la población está siendo peligrosamente influyente y apremiante la falta de fuerza de trabajo en la mayoría de las esferas productivas y laborales del sector estatal.

Algunos conflictos sociales y políticos se han producido desde el 11 de julio de 2022 y continúan gestándose hasta hoy. Todavía está pendiente la solución de problemas que se manifestaron entonces y que han prolongado la estancia de acusados en las prisiones, creando diversas situaciones al reclamarse su liberación. Herramientas avanzadas para el trazado

de políticas sociales como son el Código de las familias, el Código penal, el Código de ética de los cuadros entre otras, han visto aminorada la capacidad de impacto en la población debido al contexto poco favorable y también por impreparación de agentes encargados de su cumplimiento así como de la población para asimilar las transformaciones que defienden.

Sobre los hechos del 11 de julio ha escrito con lúcida visión un joven pensador cubano:

El 11 de julio tiene que marcar un antes y un después. Hay que comenzar a combatir con la fuerza popular a la contrarrevolución institucional, más compleja y sutil por varios motivos. Casi nadie se mete con ella porque no es opositora, se disfraza de fidelidad. Por otro lado, involucra a personas y a intereses creados que hay que extirpar del Estado, pero también a compañeros que no son desechables aunque estén equivocados. Dentro de la misma institucionalidad ha de forcejear la creatividad con la inercia, el compromiso con la insensibilidad, la igualdad con el privilegio, la emancipación con la dominación y triunfar, para que la órbita de la Revolución sea cada vez mayor en esta isla (Aybar, 2021)

La campaña del presidente Miguel Díaz-Canel y su equipo para crear un sistema de gobierno colectivo sustentado en una concepción científica y en resultados de investigaciones ha ganado terreno al introducirse en importantes aspectos de la vida social. Pero en el caso de los resultados de las ciencias sociales el impacto tiende a ser más lento y localizado. Aunque en medio de la pobreza de recursos, de accidentes dolorosos y catástrofes naturales, aparecen soluciones verdaderamente efectivas y renovadoras, estas alcanzan apenas a contrarrestar la percepción de que la sociedad funciona en perfil bajo, a pesar de los esfuerzos por encontrar soluciones. La reciente destitución del ministro de Economía y Planificación Alejandro Gil y el nuevo conjunto de medidas destinadas a controlar manifestaciones de corrupción administrativa no parece anunciar un clima favorable a la recuperación de la confianza por parte de ciertos sectores de la sociedad.

Como último aspecto a señalar queremos recordar la existencia de una importante reserva de cuadros técnicos y universitarios con capacidades formadas al más alto nivel, cuya vida diaria dista de parecerse a la de cualquier clase media profesional en otros países de América Latina. El hecho de que la economía cubana no garantice un nivel de vida que pueda paragonarse al de otras élites profesionales es un factor que contribuye a desanimar a ese emergente grupo medio que ve transcurrir su vida sin esperanza de cambios sustanciales, lo cual incentiva la aspiración a emigrar. También es el caso de numerosos trabajadores jubilados prematuramente, cuyas pensiones no alcanzan a cubrir las necesidades y mucho menos a reconocer simbólicamente los aportes que durante la vida laboral hicieron a la economía del país; muchos antiguos líderes productivos y de opinión acaban abandonando sus vidas para acomodarse como pueden a la nueva vida creada por sus hijos y familiares en cualquier otro lugar, a falta de encontrar un modo de incorporarse a su nueva situación en su país.

Se observan con frecuencia esquemas lastrados por el dogma y la rigidez en ciertos productos que abruman de propaganda política los medios oficiales. Para contrarrestar su influencia sería preciso profundizar y ampliar el diálogo crítico. Durante los años de experiencia de construcción socialista acumulada, los cubanos hemos contado con la cooperación de numerosos amigos y hermanos solidarios, pero no hemos aprendido a defender bien lo nuestro. Debemos profundizar la solidaridad entre nosotros mismos, incentivar el diálogo y la comprensión entre generaciones, el control y la administración de los recursos y ser capaces de motivar a los que poseen mucho para invertir en el desarrollo del país, teniendo por premisa la idea nutricia del amor al trabajo y el cuidado y respeto a los bienes colectivos como precondition para el éxito creciente del proyecto de país independiente, de manera que esos que sueñan con emigrar para huir de las dificultades inmediatas y alcanzar un ideal de vida que por ahora su trabajo en Cuba no garantiza a todos, encuentren en su tierra el futuro deseado.

Nos referimos antes a un pensamiento fresco que se expande lentamente con el apoyo de la vieja generación. Los debates políticos nos nutren, pero

precisamos de más pragmatismo y agilidad para no dejar escapar el momento preciso del cambio hacia la rectificación de políticas obsoletas que entorpecen y obstaculizan la construcción del futuro. El tiempo histórico tiene su propio ritmo que es necesario identificar, nutrir y acompañar en la dirección certera, con la vista puesta en el bienestar compartido y en la nueva armonía social, alejada de viejos rencores y prohibiciones. El derecho a la palabra es nuestra divisa y la nueva cordialidad nuestro principal recurso a delinear.

BIBLIOGRAFÍA

- Aybar, Luis E. (2021) “El día después no podrá ser el mismo”, en *La Tizza*, julio 20 en <https://medium.com/la-tizza/el-d%C3%A9-Da-despu%C3%A9s-no-podr%C3%A1-ser-el-mismo-1106a79585d6>
- Castro, Fidel (1967) *La Historia me absolverá* (La Habana: Ediciones Políticas)
- Guanche, Julio César (2017) “El populismo hoy: una introducción”, *Cuba Posible*, mayo 27, en <https://jcguanche.wordpress.com/2017/05/27/el-populismo-hoy-una-introduccion/>
- Hernández, Rafael (2020) “Relaciones Cuba EEUU para principiantes (I y II)”, en *Oncuba News*, 24 de junio y 8 de julio, en: <https://oncubanews.com/opinion/columnas/con-todas-sus-letras/relaciones-cuba-estados-unidos-para-principiantes-i/> y <https://oncubanews.com/opinion/columnas/con-todas-sus-letras/relaciones-cuba-eeuu-para-principiantes-ii/>
- Laclau, Ernesto (2014) “The Rethorical Foundation of Society” (London: Verso) en Mastrángelo, Mariana, Munck, Ronald y Pozzi, Pablo (Eds), *Populismo . Una perspectiva latinoamericana*, (Buenos Aires: CLACSO)
- Rovira Kaltwasser, Cristóbal (2012) “The ambivalence of populism: threat and corrective for democracy. Democratization” 19 (2), en Colalongo, Rodolfo, *El populismo cubano: entre la democratización y el autoritarismo*, Centro de Investigaciones y Proyectos Especiales. Facultad de Finanzas y Gobierno y Relaciones Internacionales. Universidad Externado de Colombia, en: https://conferenciaclacso.org/programa/resumen_ponencia.php?&ponencia=Conf-1-1524-3250&sede=15





Ecuador: entre la revolución del Buen Vivir y el autoritarismo del capital

Irene León*

Estados Unidos promulgó en diciembre de 2022 una ley relacionada con la gobernanza de Ecuador, la *United States-Ecuador Partnership Act of 2022* (Senate of United States, 2022) que contempla aspectos sustantivos para la soberanía del país. No es un acuerdo bilateral obtenido a través de los canales reconocidos entre los dos países, sino una ley que fue elaborada y decidida en el Senado y Cámara de Representantes de Estados Unidos, cuyo rango normativo le convierte en política de Estado de ese país, que será aplicada extraterritorialmente en Ecuador. En sus definiciones es explícito que el foco geopolítico es Estados Unidos y sus intereses, no sólo porque determina las prioridades sino porque incluso atribuye a sus autoridades la potestad para diseñar estrategias para Ecuador.

El Secretario de Estado desarrollará e implementará una estrategia y programas relacionados para aumentar la capacidad del sistema de justicia y de las autoridades, de aplicaciones de la ley de Ecuador para combatir las economías ilícitas, la corrupción, las organizaciones criminales transnacionales y la influencia negativa de actores extranjeros y nacionales malignos... (Senate of United States, 2022, pág. section 6)

Desde entonces se han afianzado significativos compromisos para: el diseño institucional y económico, la adhesión del país a la perspectiva de

* Socióloga y comunicadora. Directora de la Fundación de Estudios, Acción y Participación Social - FEDAEPS- Ecuador.

la democracia occidental 'lejos de las influencias extranjeras malignas,' la gestión de recursos naturales y, sobre todo, el alineamiento con los objetivos de seguridad nacional estadounidense (US Foreign Relations Committee, 2022.12.15). En los debates previos a la adopción de esta ley, la meta de evitar a toda costa el retorno del país al socialismo fue una idea fuerza.

No obstante, aún bajo esta y otras acciones para convertir al país en una suerte de protectorado estadounidense y encajarlo en las dinámicas más extremas del capitalismo corporativo, persiste en Ecuador el horizonte de cambio pautado por la propuesta de la Revolución Ciudadana, que llegó al poder entre 2007 y 2017. Por un lado, la Constitución vigente contiene elementos con gran potencial para alterar las relaciones de poder dominantes y, por otro, el movimiento político que resultó de ese proceso, no sólo ha logrado sobrevivir al *lawfare*, instaurado desde el retorno al neoliberalismo en 2017, sino que se mantiene como la primera fuerza política del país. Además, un elemento relevante: el pueblo mantiene una adherencia política estable, estimada entre un 35 y un 40%, mientras su líder en exilio, Rafael Correa, se mantiene como el político con mayor opinión favorable el 51.24% (Maluk, 2024).

Las complejidades de este contexto dual nos llevan a la relevancia de observar el alcance del proyecto de la Revolución Ciudadana y dimensionar las relaciones de fuerza que influyeron en sus posibilidades de concreción y que delimitan ahora su ascenso. Esos datos de la realidad nos permitirán esbozar una aproximación de su adscripción conceptual y política como propone esta publicación.

La Revolución Ciudadana, como los otros procesos de cambio, es hija de sus tiempos, realidades y contexto. Surgió al calor de las resistencias a la globalización neoliberal, cuando los pueblos de la región latinoamericana se levantaron para cuestionar el libre comercio, la precarización laboral, la deuda externa y todas las formas de despojo subyacentes a la geoeconomía del capital, así como para objetar las pretensiones

estadounidenses de anexar la región como parte de su proyecto hemisférico (León I. , 2022). De esas bravías resistencias advino la producción de alternativas y la formulación de proyectos con horizonte de sentido histórico, que han sido viabilizados desde renovadas perspectivas estratégicas.

Ante un capitalismo en búsqueda de recomposición, se colocó un abanico de reconceptualizaciones, resignificaciones e iniciativas de desconexión (Amin, 1986), con herramientas pacíficas como las revoluciones constitucionales. Son procesos de cambio con capacidad de disputar sentidos, con referentes y pensamiento propio, que tienen como escenario de transformación sus países y la región, a la vez que la geoeconomía y geopolítica de la globalización.

En Ecuador, como en los otros procesos planteados en la región, el cambio se produjo sin receta previa, a través de una dialéctica entre pensamiento y acción, fue impulsado por una innovadora pero compleja camada de movimientos políticos, populares y sociales heterogéneos, que aprendieron a frecuentarse en diversidad, a producirse colectivamente y a mirar hacia el mundo para interrelacionar sus estrategias a esa escala. Se trata de un modo innovador de organización para la resistencia y para la producción de escenarios de poder, entendidos como vía posible para disputar alternativas al capitalismo.

Con la Revolución Ciudadana despuntó en Ecuador un fértil periodo de autodefiniciones y pensamiento propio, su principal resultado fue la elaboración participativa de la Constitución (Asamblea Nacional Constituyente, 2008) conocida como la Constitución del Buen Vivir por la centralidad de este concepto, que conlleva nociones ancestrales, biocéntricas y antisistémicas. Esto último, principalmente porque coloca la reproducción ampliada de la vida en el centro de su planteo socioeconómico, tomando distancia de la acumulación del capital que es el núcleo ordenador del capitalismo. (Leon, 2011, pág. 2)

Un segundo elemento definitorio es la conceptualización del Estado como plurinacional y el planteo de su refundación, para que la diversidad de pueblos indígenas y afrodescendientes sean parte constitutiva e integral de los cambios. En sentido contrario a la premisa de achicamiento del Estado auspiciado por el neoliberalismo, aquí se lo concibió como gestor del bien común, de los intereses colectivos y de la articulación del país con el mundo, con potestad para redefinir la relación con los poderes corporativos nacionales y transnacionales.

El tercer elemento clave es el desplazamiento de la centralidad de la economía de mercado para reconocer la diversidad económica y productiva, más aún, el propio sistema económico fue conceptualizado como popular y solidario. Estas definiciones sistémicas y de soberanía económica constituyen un núcleo duro de la Revolución Ciudadana, que en su gestión de gobierno generó una dinamización económica sin precedentes, con cambios tangibles para el conjunto y con prácticas de redistribución que permanecen indelebles en la memoria de la gente.

La dinamización económica se produjo a través de una estrategia de cambio de la matriz productiva para diversificar la producción interna, desde un impulso de lo público y con buenas prácticas en la gestión de sectores estratégicos. Fue un componente clave la activación del trabajo que se agilizó gracias a la inversión pública. Se fortalecieron los derechos de la clase trabajadora, el salario mínimo de triplicó de 125 dólares en 2007 pasó a 375 en 2017 (Comercio, 2016), pero también hubo incrementos en todos los sectores. Apuntando a la universalidad, se ensancharon las coberturas de la seguridad social, operó el Seguro Social Campesino y se crearon mecanismos de inclusión para el sector informal y el trabajo doméstico, a la vez, dejaron de ser letra muerta los derechos a la jubilación, salud, y vivienda.

Se multiplicaron las políticas de igualdad, con medidas para aplicar la economía del cuidado que es parte de la diversidad económica. Por primera vez en la historia se equipararon y hasta feminizaron las instancias

de poder de decisión del Estado y se desarrollaron mecanismos para hacerla extensiva a todos los campos. Similares políticas fueron orientadas hacia los sujetos de plurinacionalidad, como son los pueblos indígenas, afrodescendientes y montubios, al igual que hacia otros sectores discriminados como la diversidad sexo genérica.

Los derechos de la niñez y adolescencia ascendieron a interés superior del Estado, entre otros con un impulso a la universalidad educativa, con una inversión sin precedentes en infraestructuras, tecnologías, suplementos alimentarios y otros. Se invirtió el 2% del PIB para propiciar el acceso de los sectores empobrecidos a la educación superior, misma que registró un antes y un después por los incentivos a su fortalecimiento. Asimismo, con el aumento del 688% en el presupuesto de la salud, la dotación de servicios y medicamentos gratuitos transitaron a la universalidad. Entre 2006 y 2014 la pobreza se redujo del 38,3% al 25,8% (INEC, 2016, pág. 15). La dotación de infraestructuras transformaron el país y, por primera vez, se establecieron medidas para garantizar el acceso universal al agua, electricidad, vivienda, alimentación, tecnologías digitales, telecomunicaciones y otros.

En cuanto a política económica, los cambios se propiciaron gracias a un eje de desneoliberalización, entre cuyas medidas figuran: la auditoría de la deuda externa, sobre cuya base se conceptualizó a la deuda ilegítima (Comisión para la Auditoría del Crédito Público, 2008); la denuncia del Convenio sobre el Arreglo de Diferencias Relativas a Inversiones (CIADI); la denuncia de los Tratados Bilaterales de Inversión (TBI) por la cesión de soberanía que conlleva la transferencia de jurisdicción a las instancias de arbitraje internacional (Presidencia de la República de Ecuador, 2017). La renegociación de contratos con las transnacionales permitió revertir el orden de prioridades que beneficiaban a las corporaciones en perjuicio del país.

Esta línea de acciones de soberanía económica, conjuntamente con la puesta en pie de mecanismos de control del poder del mercado y de

regulación, constituyeron el eje de mayor complejidad, pues tienen que ver con los intocables centros del poder del capital. Más aún, la redefinición de la relación del país con las Instituciones Financieras Internacionales resultó en la expulsión de los representantes del Fondo Monetario Internacional y del Banco Mundial.

El cuarto elemento de destaque es la definición de las soberanías: económica, geopolítica, alimentaria, energética y otros, que funge como hilo conductor para la aplicación de los mandatos constitucionales en la planificación, en la política pública y, sobre todo, en las relaciones internacionales. Esa perspectiva de soberanía, es constitucionalmente indivisible de la integración latinoamericana y Caribeña y de una proyección histórica con el Sur.

La propuesta y proceso de la Revolución Ciudadana amplificó los derechos de las personas y colectividades en toda su diversidad: étnica, cultural, de género, sexo genérica, de creencias y más. Adicionalmente, por primera vez en el mundo, el país reconoció constitucionalmente los derechos de la naturaleza.

Todo lo antes dicho se hizo en apenas 10 años y solo hemos esbozado aquí una fracción de un todo mucho mayor. Estos datos de la realidad son ineludibles para dimensionar el proceso y la propuesta de la Revolución Ciudadana, que propone cambios en un contexto en el que los poderes del capitalismo también han desplegado toda su potencia para consumir su proyecto de mercado total, bajo la hegemonía del sector corporativo que, a su vez, ha puesto en jaque no sólo la existencia del Estado, sino los proyectos colectivos y la política como expresión de estos.

El proceso quedó trunco, enfrenta ahora la ofensiva abierta de restauración de un neoliberalismo radical y la correlativa embestida del proyecto geopolítico estadounidense que, luego de la adopción de la Ley de Asociación entre Estados Unidos y Ecuador 2022 (Senate of United States, 2022), inhibe la versión de que este tipo de planteamientos corresponden

a las teorías izquierdistas de la conspiración, pues deja al descubierto que en Ecuador opera un ‘experimento’ de protectorado capitalista del Siglo XXI.

¿Socialismo del Buen Vivir, post capitalismo o progresismo?

El primer elemento para dilucidar las perspectivas de la Revolución Ciudadana es el Buen Vivir, que es concebido como horizonte para el cambio y como columna vertebral de la propuesta política y constitucional. También se ha constituido en un referente conceptual con visos de alternativa civilizatoria, especialmente “por el cuestionamiento a la lógica de la acumulación y reproducción ampliada del capital y la afirmación de una lógica de sostenibilidad y reproducción ampliada de la vida” (Leon, 2011, pág. 2).

Asimismo, ante la agudización de las contradicciones capital - vida, que se evidencian en esta fase del capitalismo, la conceptualización de las interdependencias entre humanos y naturaleza aparece como un aporte para pensar la organización socioeconómica de otras maneras. Se pone en perspectiva un cambio epistemológico que abre caminos a una reconceptualización contrahegemónica de diversas nociones, preceptos y enfoques, a la vez que se constituye en una matriz a partir de la cual se definen un conjunto de transformaciones antipatriarcales, anticoloniales, de clase y otros (SENPLADES, 2013, pág. 24).

El carácter constitucional de la adopción del Buen Vivir abre posibilidades y desafíos a varios niveles: como horizonte de cambio estructural, de nuevo ‘modelo’ a construirse a mediano y largo plazos, y como agenda inmediata, que en términos de política pública implica ante todo un enfoque de transición, pues se trata, nada menos, de salir del neoliberalismo en una perspectiva de ‘salir’ también del capitalismo, lo cual, en la experiencia previa, sólo había ocurrido a través de revoluciones radicales que supusieron la ‘abolición’ de las clases. (Leon, 2011, pág. 2)

En esa línea, las antes mencionadas redefiniciones económicas y el proceso de desneoliberalización, cumplen un rol estratégico para modificar las relaciones de poder, con el fortalecimiento de perspectivas endógenas y distanciamientos de los poderes globales del capitalismo. La Revolución Ciudadana desafió a los poderes fácticos del capitalismo: las corporaciones transnacionales, las Instituciones Financieras Internacionales, los mecanismos del sector corporativo. Una audaz iniciativa en el escenario mundial fue la formulación de un Instrumento Vinculante sobre Transnacionales y Derechos Humanos que, con el apoyo de la región y aliados en el mundo, resultó en la creación del Grupo de Trabajo sobre Transnacionales y Derechos Humanos en la ONU (Naciones Unidas. Comisión de Derechos Humanos, 2014).

Asimismo, con la perspectiva de que la región tiene capacidad de ser un polo de multipolaridad en la reconfiguración mundial en curso, la Revolución Ciudadana colocó a la integración como eje prioritario, formuló aportes relevantes para una nueva arquitectura financiera regional y para el desarrollo de una institucionalidad que garantice su sostenimiento a largo plazo, si bien el conjunto del proceso tuvo preeminencia.

Las incursiones en los escenarios internacionales muestran la convicción de que para viabilizar los cambios es ineludible actuar sobre los poderes reales del neoliberalismo (capitalismo) y que para tener incidencia había que hacerlo a escala mundo, desde una identidad geopolítica de Sur. La participación en instancias como el Grupo de Países No Alineados, el G77 + China, el retorno a la OPEP, entre otros, contribuyeron en ese sentido.

Immanuel Wallerstein, que introdujo temprano la perspectiva de sistema mundo, llamó la atención sobre la relevancia histórica de la interrelación entre el todo y las partes, como condición indispensable para la construcción de alternativas que disputen los sentidos para la urgente formulación de un nuevo sistema histórico post capitalista, esto desde su enfoque de la crisis sistémica (Wallerstein, 2005). Con el tiempo, vemos indicios de un proceso acelerado de recomposición del capitalismo, de

la mano de los poderes corporativos, no obstante, en cualquiera de los escenarios, es de lo más relevante la formulación de estrategias dirigidas hacia los verdaderos centros de poder del capital, como la Revolución Ciudadana encauzó durante su decenio.

Volviendo a las definiciones políticas, desde una instancia organizativa abierta, que se concibe como movimiento político y no como partido, la Revolución Ciudadana acuñó el concepto de Socialismo del Buen Vivir, una figura política relacionada con las dinámicas de cambio vivas en la región.

El horizonte político de la Revolución Ciudadana es el Socialismo del Buen Vivir. Este articula la lucha por la justicia social, la igualdad y la abolición de los privilegios, con la construcción de una sociedad que respete la diversidad y la naturaleza. ...El Buen Vivir construye sociedades solidarias, corresponsables y recíprocas que viven en armonía con la naturaleza, a partir de un cambio en las relaciones de poder. (Secretaría Nacional de Planificación y Desarrollo, 2013, pág. 24)

Este proceso de construcción política y conceptual quedó en suspenso por la restauración conservadora que opera desde 2017, pero lo avanzado en el decenio aporta con elementos relevantes para colocar a la Revolución Ciudadana como parte de las corrientes antisistémicas del Siglo XXI, donde confluyen distintas perspectivas, movimientos y acciones, que intervienen para modificar o subvertir las relaciones de poder del capitalismo.

REFERENCIAS

- Amin, Samir (1986). *La déconnexion. Pour sortir du système mondial*. Paris: La Découverte.
- Asamblea Nacional Constituyente. (2008). *Constitución de la República del Ecuador*. Quito: Asamblea Nacional Constituyente.

Asamblea Nacional Constituyente. (2008). *Constitución de la República del Ecuador*. Montecristi: Asamblea Nacional Constituyente.

Comisión para la Auditoría del Crédito Público. (2008). *Informe Final de la Auditoría de la Deuda Ecuatoriana*. Quito: CAITISA.

El Comercio. (14 de 12 de 2016). *elcomercio.com*. Obtenido de El salario mínimo en Ecuador pasó de USD 160 a 366 en 10 años: <https://www.elcomercio.com/actualidad/negocios/salariobasicounificado-salariomnimo-ecuador-inflacion.html>

INEC. (2016). *Reporte de pobreza por consumo. Ecuador 2006-2014*. Obtenido de www.ecuadorencifras.gob.ec: <https://www.ecuadorencifras.gob.ec/documentos/web-inec/Bibliotecas/Libros/reportePobreza.pdf>

León, Irene (10 de junio de 2022). *CIPi*. Obtenido de Las Américas en disputa: elementos que inciden en el desenlace de una Cumbre sin altura: <https://www.cipi.cu/las-americas-en-disputa-elementos-que-incidenten-en-el-desenlace-de-una-cumbre-sin-altura/>

León, Magdalena (2011) Redefiniciones económicas hacia el Buen Vivir. Un acercamiento feminista. En *Buen Vivir: experiencias en Bolivia y Ecuador desde una perspectiva de derechos de las mujeres*. Otawa: AWID.

Maluk, Omar (8 de 01 de 2024). *Confirmado.net*. Obtenido de Encuesta de Maluk: Correa

se mantiene como el político con mayor opinión favorable del país: <https://confirmado.net/2024/01/08/encuesta-de-maluk-correa-se-mantiene-como-el-politico-con-mayor-opinion-favorable-del-pais/>

Naciones Unidas. Comisión de Derechos Humanos. (26 de 06 de 2014). *Grupo de Trabajo intergubernamental de composición abierta sobre las empresas transnacionales y otras empresas con respecto a los derechos humanos*. Obtenido de www.ohchr.org: <https://www.ohchr.org/es/hr-bodies/hrc/wg-trans-corp/igwg-on-tnc>

Presidencia de la Republica de Ecuador. (8 de 05 de 2017). *Ceremonia de entrega del informe final de la auditoría de los tratados bilaterales de inversión y de los arbitrajes planteados en contra del Ecuador*. Obtenido de www.presidencia.gob.ec: <https://www.presidencia.gob.ec/wp-content/uploads/downloads/2017/05/2017.05.08-DISCURSO-ENTREGA-DEL-INFORME-FINAL-DE-LA-AUDITOR%C3%8DA-DE-LOS-TRATADOS-BILATERALES-DE-INVERSI%C3%93N.pdf>

Secretaría Nacional de Planificación y Desarrollo (2013). *Plan Nacional para el Buen Vivir*. Quito: SENPLADES.

Secretaría Nacional de Planificación y Desarrollo. (2013). *Plan Nacional para el Buen Vivir 2013-2017*. Quito: SENPLADES.

Senate of United States. (2022). *United States-Ecuador Partnership Act of 2022*. Washington: Senate of United States.

SENPLADES. (2013). *Plan Nacional para el Buen Vivir 2013-2017*. Quito: Secretaría Nacional de Planificación y Desarrollo.

Ecuador como parte de Legislación Anual de Defensa Nacional. Washington: Foreign Relations Committee.

US Foreign Relations Committee. (2022.12.15). *Menendez, Risch y sus Colegas Logran la Aprobación del Proyecto de Ley de la Asociación entre Estados Unidos y*

Wallerstein, Immanuel (2005). *La crisis estructural del capitalismo*. San Cristobal de las Casas: CIDECI.





Las izquierdas y los retos del tiempo histórico actual

Factores insoslayables

Isabel Rauber*

“...la teoría política no es una ciencia enigmática cuya jerarquía cabalística manejan unos pocos iniciados, sino un instrumento de las masas para desatar la tremenda potencia contenida en ellas. No les llega como un conjunto de mandamientos dictados desde las alturas, sino como un proceso de su propia conciencia hacia la comprensión del mundo que han de transformar.”

J. W. Cooke

Tomando nota de multiplicidad de deficiencias raizales presentes en el pensamiento y la acción políticos de las izquierdas -particularmente de la izquierda partidaria tradicional-, este análisis se centra en los aspectos que intervienen directamente en sus interacciones con el conjunto de fuerzas sociales activas, particularmente con los actores y sectores populares, entre quienes pretendió justificar ideológicamente -expandiendo rizomáticamente-, su vieja cultura política.

* Dra. en Filosofía. Profesora de la Universidad Nacional de Lanús. Estudiosa de los movimientos sociales y los procesos de construcción de poder popular desde abajo en el continente. Directora del Departamento de Estudios del Tercer Mundo, del CIEPE. Integrante del Grupo de Trabajo de CLACSO Izquierdas y luchas sociales en América Latina (2023-2025).

Tres factores sobresalen y reclaman atención urgente: la *democracia* (que no es equivalente a “vía pacífica”); el *Estado* y su relación con la sociedad (incluye la *economía*); y los *actores-sujetos* (sus identidades, subjetividades, cosmovisiones, intereses, reclamos...).

Pero un primer paso antecede -en tanto fundamento-, a tales reflexiones: identificar el *tiempo histórico actual*.

1. Una premisa: Reconocer/definir el tiempo histórico actual

Es clave precisar cuál es el *tiempo histórico actual* del mundo, examinar sus factores de poder y contrapoder y actualizar sus interrelaciones e interdefiniciones; identificar y especificar la *dimensión instaurante* del mundo presente que contiene, interactúa, interdefine, y condiciona -a la vez que es condicionada-, por tales factores. A propósito de esto vale traer a colación lo expresado al respecto en el artículo de mi autoría, titulado “La época histórica de la izquierda. Entre el sueño revolucionario, la ideología y el pragmatismo político. Derroteros indo-afro-latinoamericanos” (Rauber, 2021: 293-333):

“La definición de *época histórica* constituyó y constituye una especie de marco general en el que se inscribe el accionar de las izquierdas; define el terreno que se pisa, los objetivos de las luchas, los sujetos, la política, el tipo de Estado que se busca instaurar, el poder, la democracia, los adversarios, los aliados posibles, los derroteros y el horizonte buscado. Es una proyección de largo alcance, no modificable por coyunturas ni especificidades locales. Las definiciones que correspondan a particularidades o exigencias de cada momento histórico y sus realidades sociales concretas no alteran -salvo situaciones excepcionales que la modifiquen de raíz-, la definición de época, al contrario, se orientan (o deberían orientarse) por ella, para -en base a ella- perfilar su accionar, articulando lo coyuntural con los objetivos de largo plazo.

“...hoy crece la importancia de contar con una definición actualizada de *época histórica*; en ella se interdefinirán también: los problemas centrales de este tiempo, la transición hacia las soluciones, el papel y el tipo de Estado, de democracia, el perfil y el alcance de los gobiernos populares, progresistas, de izquierda, los sujetos protagonistas y el abanico social a articular, la economía, la tecnología, el desarrollo, etcétera.

“Si en este continente la izquierda partidaria tuvo desvaríos en tiempos en que contaba con una definición clara de *época histórica* (más allá de que uno concuerde o no con ella), resulta sencillo imaginar la deriva política que se produce cuando por omisión, desconocimiento o desentendimiento de la misma se van dando pasos por las coyunturas políticas sin horizontes claros (no confundir con certezas).

“Con la finalidad de abreviar recorridos bibliográficos reiterativos, tomaré como referencia de base el texto de Afanasiev *Fundamentos del comunismo científico* [1977], publicado por Editorial Progreso de Moscú, que resume y proyecta claramente las posiciones del PCUS y de la izquierda comunista o revolucionaria del siglo XX.” (Rauber, 2021: 295-297)

El concepto “época”

“En lo referente a la definición del concepto *época* se lee:

“El estado de la *sociedad en conjunto*, en determinada etapa histórica de su desarrollo, se expresa en el concepto de *época*.

“Este concepto abarca múltiples fenómenos de la historia de la humanidad, destacando lo fundamental, lo común y lo típico de todos ellos. (...) Encontrar lo típico *objetivamente principal* en los fenómenos históricos, es decir, determinar la *tendencia* dominante del desarrollo de la humanidad en la etapa dada y señalar la *clase* portadora de esta tendencia constituye la condición más importante para determinar una época histórica concreta. Lenin subrayaba que: ‘No podemos saber con qué rapidez ni con qué éxito se desarrollará cada uno de los movimientos históricos de una época dada. Pero sí podemos saber y sabemos *qué clase* está en el centro de tal o cuál época, determinando su contenido principal, el curso principal de su desarrollo, las particularidades principales del ambiente histórico de la época dada...’

“Así pues, para dilucidar el carácter de una época, es preciso, en primer lugar, determinar *adónde* evoluciona la humanidad en nuestros días y *qué clase* encarna esta evolución.” (Afanasiev, 1977: 45-36) (Énfasis en el original)

Definición de la época histórica iniciada en octubre del 17

“El autor asume la definición de la *época histórica* –asumida por gran parte de la izquierda mundial en el siglo XX-, planteada en el Programa del Partido Comunista de la Unión Soviética:

‘¿La época actual, cuyo contenido principal lo constituye el **tránsito del capitalismo** al socialismo, es la época de la lucha de los dos sistemas sociales opuestos, la época de las revoluciones socialistas y de liberación nacional, la época del hundimiento del imperialismo y la liquidación del sistema colonial, la época del paso de más y más pueblos al camino del socialismo y del triunfo del socialismo y el comunismo en escala mundial. El centro de la época actual lo constituyen la clase obrera internacional y su principal obra: el sistema socialista mundial.’ (Afanasiev, 1977: 47) (Negritas del A)

‘La época actual es una época de *revoluciones socialistas y revoluciones de liberación nacional*. Esta definición pone al descubierto el carácter revolucionario de la época. La formación socioeconómica comunista nace en el fragor de la lucha contra las fuerzas de la reacción que defienden su poder y sus privilegios. El tránsito al socialismo demanda una drástica destrucción de todas las estructuras de la sociedad de explotación, tarea esta que cumplen las revoluciones socialistas. [...]’ (Fedoséev, 1986: 87) (Énfasis en el original)

“Y un poco más adelante, en sus reflexiones Fedoséev apuntala esto definiendo que: ‘*La contradicción fundamental de la época contemporánea es la existente entre el socialismo y el capitalismo*. [...]’ (Fedoséev, 1986: 90) (Énfasis en el original)” (Rauber, 2021: 297-299)

Mucho podrían discutirse hoy tales afirmaciones u otras similares -aunque con matices o divergencias-, pero tenían en común que todas se concebían supuestamente infalibles en sus sentencias del capitalismo y en

la definición de su superación. Los enfoques deterministas, unidimensionales, lineales y unidireccionales de entonces consideraban al socialismo y al comunismo como un “peldaño superior” al capitalismo, sobre la base de concebir el desarrollo histórico de la humanidad como una “escalera ascendente”, siguiendo el concepto de *formación económico social* (FES), definido como organizador y articulador de la historia. (Ver Rauber, 2021: 293-333)

1.1. Es ineludible reconocer el mundo actual, identificar y definir el carácter del tiempo histórico en el presente

Las afirmaciones antes expuestas resultan de interés aquí en tanto contribuyen a promover reflexiones orientadas a identificar y definir el carácter del tiempo histórico actual, estableciendo -tal vez, en primer lugar-, si es posible, necesario y políticamente útil dotarse de tal definición.

Tomar conciencia del *tiempo histórico* actual supone, en primer lugar, el conocimiento del capitalismo del siglo XXI, cuya contradicción medular es la *contradicción vida-muerte*, contradicción que marca permanentemente las dinámicas sociales en una pulseada histórica con múltiples desenlaces posibles. Esta conciencia es clave pues da cuenta de una modificación integral de la problemática a enfrentar y transformar en el presente, reclama nuevos enfoques de los diversos procesos que podrían constituir un camino de transición hacia (lo que puede ser) un mundo nuevo y, primordialmente, reconocer a los sujetos y las sujetas que lo crearán, harán realidad y sostendrán.

La otrora *contradicción fundamental capitalismo-socialismo* a partir de la cual las izquierdas definieron el problema fundamental a enfrentar en el siglo XX, buscaba poner fin a la explotación humana como supuesta solución a todos los males de la humanidad, mediante la erradicación de la propiedad privada de los medios de producción y con ello, por ende, del capitalismo. Esto era condición *sine qua non*. Para ello se plantearon -entre variedad de opciones- dos caminos a seguir: el más recurrente

entre las izquierdas implicaba “tomar el poder” para abrir un *período de transición* en el cual realizar los cambios para el socialismo. El otro, proponía un proceso gradual de reformas anclado en la disputa electoral, interpretada entonces como “vía pacífica” al socialismo; se planteaba una transición pausada, no violenta, de modificaciones graduales al modo capitalista de producción y reproducción social, hasta poder “pasar” al socialismo.

Actualmente -y ya desde hace algunas décadas-, aquella contradicción *capitalismo-socialismo* -debido a aceleradas transformaciones en el sistema capitalista conjugadas con la desaparición del sistema socialista mundial-, fue desplazada por la *contradicción vida-muerte*. Esta no necesariamente niega a la anterior, pero pone al desnudo las nuevas y acuciantes problemáticas que emergen del *capitalismo financiero* actual que amenaza a la vida en el planeta y que hay que *enfrentar integralmente*: la extenuación de la naturaleza y la biodiversidad, el cambio climático, la destrucción alimentaria por los agronegocios, la manipulación genética, el uso y abuso de químicos en plantaciones de alimentos y medicinas, la devastación tecnológica y comunicacional, el extractivismo, el incremento cruel de las desigualdades sociales, la desposesión como profundización y extensión de la explotación humana a todas las dimensiones de la vida, el ensalzamiento del individualismo extremo, las guerras, la multiplicación del hambre, las enfermedades curables y el analfabetismo, la propagación del odio, el racismo, la xenofobia, la naturalización de la “ley del más fuerte” como norma reguladora de la vida social, etcétera.

El *enfrentamiento integral* de las problemáticas del capitalismo actual es lo que definimos como posicionamiento *raizal* (desde abajo); se basa en el enfoque sistémico de la *génesis* del capitalismo y sus problemáticas, así como de las luchas populares que lo enfrentan y las soluciones alternativas posibles. El enfrentamiento sectorial es importante, pero necesita articularse con otras problemáticas y sus actores/as para llegar a la raíz del problema (sistema) y transformarlo desde allí, para construir soluciones sostenibles a las problemáticas sectoriales.

Esto no significa reeditar antiguas subestimaciones de las luchas reivindicativas sectoriales, que las consideraban un freno, un obstáculo, para las luchas políticas. Por el contrario, se trata de revalorizar lo sectorial como una dimensión social y política que se manifiesta plenamente en su articulación con los diversos sectores, problemáticas y sus actores. Es ahí cuando lo sectorial revela su profundo sentido social y político, y es cuando tiene posibilidades de solucionar, junto con el conjunto social, las problemáticas sectoriales.

Esclarecer el *tiempo histórico* actual reviste particular interés pues contribuirá a la construcción de *pensamientos políticos situados* en las realidades del presente, en sus múltiples dimensiones del hacer, aprender, construir... Cualquiera sea el posicionamiento político que se asuma: progresista, populista, de izquierda, nacionalista... para tener proyección política y no testimonial, es importante reconocer el mundo actual, sus contradicciones y problemáticas, para delinear los nuevos horizontes de la esperanza y definir -en cada caso- las propuestas para encaminarse hacia ellos.

2. Factores de atención inaplazable

2.1. La democracia

Resulta un lugar común hoy en día reivindicar la “democracia” como si tal cosa existiera realmente. Hay diversas modalidades y formatos de existencia de democracia, o sea, hay democracias diversas. De conjunto, muchas de ellas facilitan -o promueven-, la conformación de un “molde” común en virtud de los intereses de clase que defienden/justifican y a los que responden. Sobre esa base, configuran los modelos jurídico-institucionales que le sirven de soporte.

Las llamadas *democracias tradicionales* de la época moderna son generalmente reconocidas como *democracias burguesas*. Esta denominación

se mantiene hasta el presente, aunque se desnuda cada vez más claramente su cualidad de *democracias de mercado o para el mercado*. O sea, más que servir a una clase o grupos de clases dominantes, estas democracias responden cada vez más a los intereses del mercado local y global y están representadas, consiguientemente, por sectores de la clase hegemónica a él vinculado.

Las *democracias de mercado* rigen (regulan, manipulan, desestabilizan, provocan) las disputas democráticas en cada país o proceso político, en función de los requerimientos crecientes del capital global y local. En virtud de ello las democracias *de mercado* predominantes en la actualidad pueden identificarse claramente como *democracias del capital o democracias para el capital*, cuyos representantes locales se referencian -cada vez menos- en los partidos políticos otrora funcionales a sus requerimientos. Para el poder global los partidos políticos, tal como han existido hasta ahora, resultan un estorbo. Nada mejor entonces que desprestigiarlos, deslegitimar a sus representantes y transformar a los políticos en corruptos, ladrones, inservibles y vagos, todos “vividores del Estado”.

Los actuales referentes de las derechas apelan a la comunicación directa con la ciudadanía, mediante el uso de los medios de comunicación masiva y el empleo de redes sociales, convocando a artistas, *influencers*, *trolls*...

Los grandes medios de comunicación masiva y las redes sociales se emplean por los poderosos para llevar adelante la guerra ideológica, simbólica y cultural contra todo lo existente. Con su bombardeo constante de mentiras y medias verdades han logrado convertir los derechos en privilegios y hacer de los verdaderos privilegiados, ladrones y saqueadores de siempre unos supuestos “justicieros honestos”, salvadores del “desastre” del despilfarro del populismo, el progresismo y de los políticos en general. Proponen entonces la anulación de los supuestos “privilegios” con el objetivo de lograr una *sociedad sin derechos*. Buscan *la igualdad anclada en el despojo y la miseria*, no en el bienestar. Al servicio de los mercados

estas “democracias” no promueven la justicia social, ni la educación y la salud universales; desprecian a los pueblos, sus culturas e identidades.

Llegado a este punto, los personeros del capital se autoerigen en “salvadores de la moral y la honestidad”, proclamando que la supuesta “casta” política y sus anillos circundantes (trabajadores, el pueblo en su diversidad) requieren ser desplazados del poder político (y de todo poder), para dejar el paso libre a los neo-demócratas antipolíticos, es decir, a los mercados y sus requerimientos.

En tanto sostienen y multiplican estas infamias, los medios de comunicación masiva y las redes sociales se han transformado en medios de manipulación masiva, *fake news* y posverdad. La anti política de hoy tiene sus raíces en el avance multidimensional de estas herramientas “democráticas”.

¿Qué hacer?

La tradicional representación política organizada territorialmente, por grupos de militancia, etc., está siendo cada vez más desplazada por los *ciber sujetos*, o sujetos integrados e interactuantes con el *ciber* espacio. Ello hace que lo virtual les resulte real y piensen y actúen en consecuencia con ello. Se trata de una situación nueva -sobre todo enfocándola generacionalmente-, que irrumpió -abruptamente- en la acción y concepción políticas y modificó integralmente tanto la concepción de hegemonía como las modalidades de su construcción y/o modificación. Con ello, simultáneamente va transformando los contenidos y el sentido de las democracias y sus protagonistas. Hoy existen *marginados de las democracias*, esto es: ciudadanía sin derechos condenada a vivir en función del bienestar de las élites con voracidad cada vez más ilimitada de poder, ganancias y dominación. Este carácter “ilimitado” es precisamente el que desmonta toda ilusión de “autoregulación” social a partir del mercado. No existe tal cosa, ni existirá. La regulación social posible es la que está basada en la participación de la ciudadanía con las herramientas de las

democracias concebidas como fundamento jurídico y político para tales fines.

Esto impone a los pueblos y sus organizaciones e intelectuales orgánicos, por un lado, reconocer, conocer y aprehender esta nueva realidad cultural, política y social con la que los poderosos construyen y sostienen sus democracias (precarias, móviles, volátiles, impensadas, insospechadas, de manipulación...), para dar la disputa democrática con todas las herramientas posibles, empleándolas con eficacia política en la disputa hegemónica permanente con los sectores del poder, favoreciendo la actualización permanente de la conciencia popular. En este sentido, es importante combinar simultáneamente estas actividades con el fortalecimiento de la memoria histórica, esclareciendo las necesidades y demandas políticas y organizativas del presente, para que los pueblos empoderados pluridimensionalmente sean capaces de defender sus derechos, intereses y sueños, capaces de crear y construir modos de vida comunitarios autogestionarios más allá del dominio del capital. Por otro lado, requiere prepararse eficazmente en todas las dimensiones del quehacer social y político para participar en los procesos electorales y tener logros concretos.

Urge quitarse las anteojeras del pasado, reconocer las *realidades actuales del capitalismo*, sus modalidades y mecanismos multidimensionales de ejercer, mantener o incrementar su dominación en el presente, y prepararse para desplegar la disputa política y cultural necesaria para crecer colectivamente.

La democracia no se limita a las elecciones, pero no prepararse para ellas es el primer paso hacia el fracaso

Ciertamente la democracia no se consume ni se agota en las contiendas electorales, pero si se va a participar de la disputa política electoral hay que hacerlo con la firme vocación de ganar -de mínima-, la mayor representación parlamentaria posible, además de disputar gobernaciones,

municipios, concejalías, etc.... Criticar el sistema y limitarse a sobrevivir en sus márgenes ubica a sus protagonistas en el terreno de lo testimonial, afuera de las disputas políticas, de las disputas de poderes, de la disputa por la hegemonía. Es un “dejar hacer” al poder, observándolo y narrando sus atropellos.

La “voz de la calle” es importante, la movilización popular es clave, pero los sujetos populares fragmentados requieren organizarse articuladamente y conjugar sus problemáticas para actuar mancomunadamente con voces parlamentarias.

La institucionalidad existente es limitada y negadora de la participación popular, pero -aun así-, resulta un punto de partida clave sobre cuya base pueden asentarse las actividades tendientes a ampliar la democracia, para gestar un poder diferente, popular, desde abajo, reuniendo colectivamente capacidades y fuerzas para realizar transformaciones raizales y abrir paso a la democratización de la sociedad. La (auto)construcción del *sujeto político colectivo* es fundamental en este empeño, articulando este proceso con la participación plena de la ciudadanía popular en todas las dimensiones del quehacer político (en la acción, el pensamiento y la representación).

En este sentido vale repasar lo que ocurrió en las experiencias recientes de los gobiernos populares o progresistas en el continente indoafrolatinoamericano.

Las exitosas irrupciones populares en las disputas electorales en tiempos de reacomodo político de los sectores del poder a comienzos del siglo XXI, han estado siempre cercadas por el poder raizal del capital local y global, al que la democracias tributan y defienden tradicionalmente.

Cabe preguntarse entonces por qué los gobiernos populares, progresistas, democrático-revolucionarios, de izquierda, etc., luego de ganar las elecciones y constituirse en gobierno, se empeñaron en hacer -como se dijo anteriormente- “buena letra” con los poderosos, amoldándose a los

límites que sus democracias imponen (y a los sectores de poder que representan), mostrando sujeción a los preceptos y normas que rigen la existencia y el funcionamiento de instituciones secularmente antipopulares, restringidas, elitistas, excluyentes, extractivas, racistas, xenóforas, patriarcales, colonizadas y colonizadoras...

La profundización de las democracias en tiempos de gobiernos populares y progresistas reclamó y reclama asumir el decisivo imperativo político del *protagonismo del pueblo*, tanto para definir y sostener las transformaciones, como para profundizarlas, entendiendo que ellas anudan, simultáneamente, los derroteros políticos de estos gobiernos con los diversos procesos de *construcción y afianzamiento de poder popular desde abajo* que los pueblos pugnan por desarrollar en cada país. Pensar que el carácter popular, de izquierda o progresista de un gobierno resulta de un *aggiornamento* de la agenda pública y de una “prolija” ejecución de la misma, dejó a los gobiernos populares desarticulados de su fuerza social raizal, los movimientos populares, a los que transformó en *espectadores* del proceso. Esta debilidad creciente dejó a tales gobiernos a merced de la voracidad y el asedio político, económico y mediático de los opositores.

Limitarse a hacer una buena administración abona el camino de restauración de la hegemonía del poder

“La tarea titánica de los gobernantes revolucionarios no consiste en sustituir al pueblo, ni en “sacar de sus cabezas” buenas leyes, mucho menos intentar demostrar que son más inteligentes que todos, que tienen razón y que, por ello, “saben gobernar”. Impulsar procesos revolucionarios desde los gobiernos pasa por hacer de estos una herramienta política revolucionaria: desarrollar la conciencia política, abrir la gestión a la participación de los movimientos indígenas, de los movimientos sociales y sindicales, de los sectores populares, construyendo mecanismos colectivos y estableciendo nuevos roles y responsabilidades para *cogobernar el país*.” (Rauber, 2017: 27)

Es indispensable crear un nuevo tipo de institucionalidad

Hoy más que nunca está claro que la disputa política va más allá de ganar elecciones y acceder al control del Estado para recuperarlo como un agente central, regulador social y económico; la cuestión no pasa por colocar nuevas burocracias para reinstalar viejas políticas. El desafío en este campo pasa por la creación e instalación de *nuevas institucionalidades* y reformular el Estado nacional, los estados provinciales, municipales, las comunidades, etc., a partir de la conjugación del quehacer de las organizaciones políticas y sociales con la ciudadanía -en su diversidad-, para crear, fundar, construir y sostener una institucionalidad nueva, cimiento de una nueva civilización que tenga como eje de su horizonte y quehacer la defensa y promoción de la vida, en la interacción sociedad-naturaleza, en los modos de producción y reproducción económica y social, en las interrelaciones sociales entre los seres humanos, en las identidades culturales y de géneros, en la salud mental y el acceso a la salud en sentido amplio, en la educación basada en estos valores éticos enriquecidos con la despatriarcalización y descolonización de la vida y los pensamiento sociales...

Todo esto requiere “abrir las puertas del gobierno y el Estado a la *participación* de las mayorías populares en la toma de decisiones, en la ejecución de estas y en el control de los resultados, para *construir colectivamente un nuevo tipo de institucionalidad*, de legalidad y legitimidad, juntamente con procesos de articulación y constitución del pueblo en sujeto político. De ahí el papel central de las *asambleas constituyentes* en estos procesos (en cada momento en que sea necesario).” (Rauber, 2017: 27)

2. II. El Estado (y la economía y la sociedad)

Crear y construir un *nuevo tipo de institucionalidad* -en el caso de los estados nacionales anclados a procesos populares democratizadores-, supone la apertura de *procesos participativos* que potencien el protagonismo

popular ciudadano. Esto constituye –o debería constituir– una de las tareas distintivas de los nuevos gobiernos populares, progresistas o de izquierdas desde sus primeros pasos. Marcaría la instalación de un camino de superación del tiempo neoliberal, ultraliberal o posneoliberal hacia la construcción de *democracias populares*, cuya cualidad central radique en la participación protagónica de los pueblos en la toma de decisiones del quehacer de las (nuevas) instituciones públicas y las políticas correspondientes. Todo ello conjugado con el desarrollo de mecanismos de *control popular* y la *transparencia* en la gestión de lo público.

“La lucha político-ideológico-mediática, la batalla de ideas, tienen en la transparencia, la participación y el control populares un anclaje social popular clave. Las “ideas”, en este caso, no son algo etéreo “flotante”, sino certezas que emanan de las prácticas. De conjunto fortalecen la conciencia popular colectiva y construyen una coraza frente al ataque constante de los adversarios de la democracia y, particularmente, de las democracias populares con rumbos revolucionarios.” (Rauber, 2017: 24-26)

El concepto “participación” tiene interpretaciones diversas, aquí se refiere particularmente a la participación popular en la toma de decisiones. Y ello reclama organización de la sociedad, acceso a la información, educación, debates, conclusiones... para construir procesos colectivos que intervengan activamente en la toma de decisiones políticas. Esto implica una relación biunívoca, no solo recibir información y responder “Sí” o “No”. Modalidades y métodos hay muchos; lo que se busca definir acá es que cuando se habla de participación popular ciudadana se trata de una participación política popular organizada capaz de ser protagonista en la toma de decisiones. Es un paso hacia el cogobierno y un factor democratizador del poder, marcando el rumbo, el ritmo y la intensidad de los procesos político-sociales de cambio.

En este sentido hay yuxtaposición de tareas y procesos, pues simultáneamente con las tareas propias del desmontaje neoliberal resulta vital habilitar canales, formatos e instancias que posibiliten a los pueblos ser

parte del quehacer de *recuperación* social del Estado o, más aún, de la fundación del *Estado como herramienta social*. Esta nueva herramienta emergerá de la creación colectiva del pueblo abriendo caminos hacia una nueva institucionalidad estatal, siendo ellos también capaces de darle soporte jurídico, económico, cultural, político y social.

Ya no hay espacio histórico, político ni social para pensar la *recuperación* del Estado como una “vuelta atrás”, algo así como *recuperar* un terreno (y un tiempo) que se ha perdido. Se trata de una “recuperación-ocupación-transformación” institucional en disputa con el mercado, que los pueblos arrancarán de su hegemonía, abriendo las compuertas del Estado con su participación en la gestión y en la toma de decisiones del quehacer estatal (políticas públicas). Resulta entonces que “recuperar” el papel social del Estado, si bien es un paso muy importante, es apenas un primer paso en el inmenso océano de las transformaciones sociales.

En tal sentido, lo que define y diferencia una propuesta reformista restauradora de una perspectiva raizalmente democratizadora, revolucionaria, radica en la participación popular: *Abrir gradual y ascendentemente el Estado a la participación* de los movimientos sociales populares en la toma de decisiones, en la realización y la fiscalización de las políticas públicas y de todo el proceso de gestión de lo público; trabajar intencionalmente en la formación y educación abriendo cauces a la pluralidad que demande y defina la diversidad de sectores y actores sociales populares participantes.

Esto se concibe en articulación con otras dimensiones de la vida social, en primer lugar, con la economía. Supone recuperar los procesos orientados al desarrollo (endógeno) integral del país, articulados con procesos similares en la región, el continente y el mundo (en tanto ello no habilite descuidar ni suprimir los pilares del desarrollo endógeno en cada país). Economía es sociedad y viceversa; poner en sintonía ambas dimensiones será un factor clave a tener en cuenta por los sujetos populares para

desplegar sus propuestas de democratización justicia social, equidad, descolonización, despatriarcalización e interculturalidad.

Concebir los procesos democratizadores de cambios como procesos de transición hacia una nueva civilización.

Esto se relaciona directamente con la definición de lo que hoy podría entenderse como *procesos de transición* hacia una nueva civilización, superadora del capitalismo. Y tiene como elemento constitutivo central a la participación popular.

“Es aquí donde la búsqueda de *eficacia institucional*, la *participación* y la *democracia* se entroncan con la *descolonización* y la *interculturalidad* en una interrelación compleja y perfilan los actuales procesos políticos que tienen lugar en tierras latinoamericanas, que pueden considerarse como parte de una larga *transición* hacia el nuevo mundo. En ellos destaca el protagonismo de sectores históricamente discriminados y marginados, hoy (auto)reivindicados como ciudadanos de pleno derecho.” (Rauber, 2017: 46, 47)

2. III. Los actores-sujetos

La disputa político-electoral para conquistar los gobiernos nacionales ha sido asumida actualmente por los pueblos y sus organizaciones sociopolíticas como parte de los procesos de cambios democratizadores que reclaman. Y si bien esta disputa constituye un desafío al poder constituido, no puede concebirse como *el camino electoral* para la “toma del poder”; implica otro modo de pensar (y realizar) la transformación social y de entender quiénes son sus protagonistas. Reclama -como eje vertebrador- el reconocimiento, en primer lugar, de la diversidad de actores sociales populares (“fragmentación del sujeto”), incluyendo la existencia “novedosa” de los *ciber sujetos*.

Esta fragmentación, por un lado, ha derivado antaño -entre algunos sectores de izquierda o progresistas- en una suerte de “torneo” sociopolítico

para identificar a un actor popular emergente, por ejemplo, los “pique-
teros”, como el (nuevo) sujeto (único) del cambio, buscando así, tal vez,
sustituir al antiguo paradigma de la clase obrera como “sujeto histórico”
(único). Por otro lado, la diversidad de actores sociales populares pue-
de abrir cauce a reflexiones que -registrando la ampliación y diversifica-
ción de la clase obrera hoy-, reconozcan la importancia de promover la
conformación (articulada) de una fuerza social y política plural y pluri-
dimensional, potencial *sujeto sociopolítico colectivo, fuerza social y polí-
tica de liberación* capaz de traccionar permanentemente el proceso so-
cio-transformador hacia objetivos superadores.

Esta fuerza social y política colectiva podrá constituirse y actuar con
autonomía política respecto del aparato gubernamental-estatal, pero
articulando su presencia y quehacer en los ámbitos parlamentario y ex-
traparlamentario, construyendo y fortaleciendo el poder popular, el em-
poderamiento comunal, comunitario, desde abajo, enraizado en cada
ámbito de la vida social.

“Apostar a la *construcción del protagonismo colectivo* de los pueblos para
construir la *fuerza político-social de liberación* es el factor neurálgico que
marcará el rumbo y las dinámicas políticas del presente y el futuro in-
mediato en los procesos populares en curso en cada país y en la región.
Es vehículo, también, para la construcción de *la unidad* de los pueblos.”
(Rauber, 2017: 42-43)

En este empeño, la construcción de *organización política* es indispen-
sable para no sucumbir en el pantano de la sectorialidad corporativa, el
clientelismo, el asistencialismo y la subordinación del campo popular a
los poderosos. Puede ser un partido, un movimiento, una coalición de
partidos, un frente político-social, una coordinación de actores sociales
y políticos, un bloque de fuerzas democráticas populares, etc. En tanto
toda organización política reclama ser definida en cada momento por los
sujetos actuantes que la constituyen acorde con las condiciones y exi-
gencias de cada momento, no tiene caso predeterminar un “deber ser”;

es importante sí, identificar los principios con los cuáles los actores construirán esa herramienta, sabiéndola siempre abierta a las dinámicas sociales y políticas de la cual son partícipes tales actores.

Las dinámicas sociopolíticas, las luchas y los reclamos sociales populares son la base que posibilita la articulación de la diversidad de actores populares y su potencial constitución en sujeto político-social colectivo, en cada momento. Y en tanto las dinámicas sociopolíticas, las luchas y los reclamos sociales populares están en movimiento y cambio constantes, las bases sociopolíticas que posibilitan la articulación-constitución del sujeto político-social colectivo también se van modificando permanentemente. Esto convoca a los sujetos a estar siempre abiertos a reflexiones críticas, ajustes o cambios acorde con los requerimientos del tiempo histórico y sus manifestaciones en cada momento.

Ser *sujeto político colectivo* no es “una meta” que se alcanza, ni una condición que “se establece” una vez para siempre; es parte de las dinámicas sociales, de sus contradicciones y exigencias, así como lo es también la posible emergencia de nuevos actores sociales o políticos que pueden reclamar nuevas bases para rearticularse en lo que será (en cada momento) un (nuevo) sujeto político (y social) colectivo.

Los sujetos constituyen el núcleo vital de la sociedad en todas sus dimensiones; no se trata de números de personas a las que hay que “seducir” para convertir en “seguidores” ... Los sujetos constituyen el corazón y la cabeza, el contenido y la forma de los procesos de cambios cuyas transformaciones se profundizarán hasta donde estos sean capaces de concebirlas, crearlas, construirlas y sostenerlas. Y esto se proyecta en el diseño democrático, en el tipo de Estado, articuladamente con la economía para -de conjunto- ir transformando integralmente los modos de vida e interrelacionamiento sociales y con la naturaleza.

Lo raizal de la transformación social reside en esto, parte de aquí. En cada dimensión social y natural la vida late en los sujetos y las sujetas; es decir,

no hay nada premoldeado ni determinado *a priori*. Son ellos -con sus subjetividades, identidades, sus necesidades, cosmovisiones, ilusiones y conciencias-, el cimient, el escudo y la lanza para defender la vida e ir creando -simultáneamente- los pilares sociales, culturales, económicos y cosmovisivos para un mundo nuevo.

3. Reseñando el recorrido reflexivo realizado

- > Es indispensable tomar conciencia del *tiempo histórico* actual en todas las dimensiones de la vida social, económica, política y cultural.

Se trata de un redescubrimiento de la *totalidad enriquecida* como cualidad *sine qua non* para un enfoque sistémico (raizal) del capitalismo del siglo XXI y de la vida social y sus dinámicas, supuestamente superado por el posmodernismo.

- > La *barbarie* avanza subrepticamente naturalizando exclusiones, genocidios y saqueos, y va imponiendo con ella su lógica de muerte, proponiendo un mundo sin futuro, sin alternativas para la vida. Su única propuesta es el *regreso al pasado*: guerras, xenofobia, racismo, autoritarismos, recolonización y patriarcalización del mundo, clausura de derechos sociales, represión, censuras... Esta es la médula de la gran batalla ideológica que el poder libra hoy para conquistar, colonizar y someter las mentes de la humanidad a su lógica suicida, buscando la inacción de los sujetos, moldeando subjetividades derrotadas, incapaces de pensar que existen otras posibilidades de mundo, que hay futuro si los pueblos se disponen a crearlo y construirlo.
- > Acuñar el “no se puede” es el chip más poderoso, paralizante y cómplice de la muerte que los personeros del capital siembran en todas las dimensiones de la sociedad. En tal sentido, “Las mutaciones de la democracia en América Latina, inscritas por cierto en procesos que son globales pero que tienen particularidades

regionales, devienen hoy en desafíos novedosos e inciertos, también radicales. En la erosión de las convicciones democráticas, en las renuncias a la ética como principio de identidad y en el respaldo internacional dado a regímenes claramente dictatoriales, las izquierdas y los progresismos latinoamericanos pueden perder la legitimidad duramente ganada durante décadas en la promoción de las luchas populares y en la resistencia a las dictaduras del terrorismo de Estado. Como se ha señalado, la cuestión democrática vuelve a constituirse en un eje de interpelación central (...)" (Caetano, 2019)

- > Quienes defienden la vida: las izquierdas, el progresismo... necesitan emprender “un cambio cultural profundo, una disputa frontal en el campo de la subjetividad y las formas de producción de conocimientos, emociones, sensibilidades y valores que se puedan expresar cotidianamente construyendo otro tipo de relaciones en todos los campos de la vida.” (Jara y Goldar, 2021: 212)
- > Es ineludible replantearse quiénes son los *sujetos de los cambios* a favor de la vida. Reconocer como protagonistas a la gran diversidad de hombres y mujeres de los pueblos que sueñan y anhelan un mundo mejor y buscan alternativas para ello en sus prácticas cotidianas, proyectándolas desde ahí hacia la dinámica social toda. Aprender de ellas, desarrollar pensamiento crítico del capitalismo actual, identificar los posibles horizontes alternativos, reconocer el protagonismo popular, promover y desarrollar su conciencia y organización, multiplica las posibilidades de cambios democratizadores raizales. Como enseñan las experiencias populares recientes: no son los discursos, ni los programas, ni las metodologías, ni los “buenos” gobernantes y sus propósitos, los que hacen viable los procesos revolucionarios o revolucionarios a los procesos, sino los pueblos.
- > Resulta fundamental que la intelectualidad de izquierda, progresista, feminista, se aboque también a construir -a partir de las

prácticas de sobrevivencia de los pueblos-, nuevos *pensamientos críticos*, que contribuyan a cimentar y sustentar una *nueva lógica civilizatoria* y -a tono con ella-, desarrollar o reconocer simultáneamente *nuevas epistemologías críticas* que retroalimenten, enriquezcan y potencien las prácticas transformadoras de los pueblos, promoviendo la construcción de nuevas relaciones de poder autogestionario de la humanidad desde las comunidades, cimentado en subjetividades solidarias que -en sus interrelaciones marcadas por la resistencia-, vayan creando y nutriendo nuevas subjetividades e interrelaciones capaces de alumbrar un mundo nuevo, donde coexistan y convivan todos los mundos con la naturaleza en aras de alcanzar la plenitud humana.

- > Es tiempo de pensar nuevas alternativas y horizontes que permitan, como propuso Mézaros, ir *más allá* del capitalismo, construir vida y modos de vida fuera de su lógica de mercado y de su metabolismo socioeconómico. Esto es clave en el tiempo histórico actual y es vital tomar conciencia de este tiempo histórico, sus características, amenazas y demandas, para crear y construir en base a ello alternativas viables, efectivas y sostenibles.

El *buen vivir y convivir* de los pueblos originarios constituye un valioso “nutriente” civilizatorio que enriquece la construcción de un modo de vida e interrelacionamiento diferente al impuesto por el mercado del capital. La invitación en este caso no es una vuelta atrás en la historia ni una conversión... sino evidenciar que hay fuentes de *vida más allá del capital*; el desafío es buscarlas, desarrollarlas, protegerlas y fortalecer la creatividad y la voluntad colectiva. Aunque puede entreverse que el socialismo formará parte del abanico de alternativas posibles, será -en tal caso- un socialismo renovado en contenido, forma y protagonistas. El futuro no está predeterminado. Y asumir esto significa que las izquierdas también tienen que enfrentar y superar la tentación del “retorno al pasado” como propuesta de solución a las problemáticas del presente.

- > No puede asegurarse que la pulseada global se resolverá a favor de la vida; se trata de una contienda gigante que se va dirimiendo hoy más que nunca en las decisiones y reacciones a los acontecimientos del presente, en cada paso, en lo individual, familiar, comunitario, local, nacional, regional y global... Entre las tareas de las izquierdas o el progresismo que este tiempo reclama como impostergables destaca la construcción de una correlación de fuerzas colectiva favorable a los pueblos (conciencia, organización, poder propio), para, en primer lugar, *frenar* la embestida, *detener* las pulsiones de *muerte* del poder. Esto no soluciona el problema desde la raíz, pero es un primer paso indispensable para generar condiciones que posibiliten pensar cómo reorganizar la vida y los modos de vida; es decir, la existencia humana en clave de convivencia, equilibrios y equidad, creando posibilidades y capacidades para compartir los recursos indispensables para la vida a escala planetaria. Esto no se refiere solo a energía, agua, alimentos... sino también a educación, salud, medioambiente, urbanización, planeamiento participativo de políticas públicas, descolonización, florecimiento de culturas sin censuras ni exclusiones, despatriarcalización, derechos de identidad... De conjunto, constituiría un factor potenciador de la actividad de los sujetos y las sujetas que podría abrir surcos hacia un horizonte civilizatorio diferente, capaz de abrir las compuertas a la creación de un mundo nuevo donde quepan todos los mundos.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

Caetano, Gerardo (mayo-junio de 2019). Las izquierdas y la “confusión democrática”. *Nueva Sociedad* (Buenos Aires), (281), 104-116. [ISSN: 0251-3552].

Jara, Oscar y Goldar, María Rosa (2022). “Formación política desde la educación popular: una apuesta estratégica del CEAAL”. En: Palumbo, María Mercedes *et al* (2022). *Formación política en América Latina: Reflexiones*

desde la educación popular y las pedagogías críticas; CLACSO.

Mészáros, István (2001) *Mas allá del capital*, Caracas, Vadell Editorial

Rauber, Isabel (2021). “La época histórica de la izquierda. Entre el sueño revolucionario, la ideología y el pragmatismo político. Derroteros indo-afro-latinoamericanos.” En: Lohn, Reinaldo y Pozzi, Pablo (2021) *Una*

mirada crítica desde la izquierda. Homenaje a Luis Felipe Falcao. clacso, Buenos Aires.

------(2019) *Descolonizar la subjetividad. Hacia una nueva razón utópica indo-afro-latinoamericana.* Buenos Aires, Acercándonos Ed.

------(2017) *Refundar la política.* Buenos Aires, Continente-Peña Lillo.



Reseña

Populismo: una perspectiva latinoamericana

Ana Jemio*



Populismo: una perspectiva latinoamericana

Mariana Mastrángelo, Ronaldo Munck y Pablo Pozzi (editores)
CLACSO (2023)

Este libro, que constituye una iniciativa del Grupo de Trabajo CLACSO *Izquierdas y luchas sociales en América Latina*, reúne catorce artículos que giran en torno a un antiguo y siempre revisitado debate en América Latina: el fenómeno populista.

En una descripción esquemática de su contenido, se pueden distinguir dos tipos de abordaje que estructuran la obra. Uno, tiene como puerta de entrada ciertas problemáticas transversales a aquello que podría definirse como fenómeno populista y, en cierta medida, ponen un mayor énfasis o peso en discusiones teóricas sin prescindir por ello del análisis histórico. Se encuentran allí los artículos de Ronaldo Munck, cuyo eje central –aunque no único– es una revisión crítica de la discusión teórica

* Socióloga y doctora en Ciencias Sociales (UBA), investigadora asistente CONICET. Miembro del Grupo de Trabajo CLACSO *Izquierdas y luchas sociales en América Latina*.

sobre qué es el populismo y cómo ha sido caracterizado; los de Cannon y Pozzi y Mastrángelo, que ponen a dialogar la categoría de populismo con la diada derecha/izquierda como clave de lectura de las experiencias latinoamericanas; y el artículo de Panizza, que procura identificar continuidades y rupturas entre los gobiernos del llamado populismo clásico (entre mediados de las décadas del cuarenta y del setenta) y los surgidos en los inicios del siglo XXI como resultado de la crisis del neoliberalismo.

El otro tipo de abordaje tiene como puerta de entrada el análisis de distintos casos nacionales en diferentes períodos históricos, con especial énfasis en las experiencias de las primeras dos décadas del siglo XXI. Para la era del llamado populismo clásico, se encuentra el estudio de Marcelo Raimundo sobre el peronismo en la Argentina, al que define como un tipo particular de populismo y lo analiza en su vínculo con la clase obrera. Y el artículo de Igor Goicovic, quien analiza la experiencia chilena entre 1936 y 1973, período en el que identifica la emergencia y declive de un nacional-populismo de izquierda.

Entrando ya en el siglo XXI, se encuentran artículos que analizan los gobiernos de Brasil, Bolivia, Ecuador, Venezuela, Nicaragua y México que, aún con enormes debates, suelen comprenderse como parte de la “Marea rosa”.

Así, Reinaldo Lohn y Silvia Maria Fávero Arend caracterizan los gobiernos de Lula y Dilma Rousseff a partir de una clave de lectura que pivotea entre los conceptos de populismo y gobiernos populares; y John Brown analiza los gobiernos de Evo Morales en Bolivia a partir de una concepción de populismo que hace eje en los problemas de representación política abiertos por la crisis de las democracias de mercado.

Pablo Dávalos caracteriza a los gobiernos de Rafael Correa teniendo como brújula una concepción de populismo que va más allá de la noción de lógica política: busca comprenderlo como un síntoma de los problemas inherentes a los procesos de acumulación de capital y sus formas

políticas de dominación. Con una concepción afín, Roberto López Sánchez analiza los distintos momentos de los gobiernos de Hugo Chávez Frías y de Nicolás Maduro, distinguiendo claramente este último ciclo al que define categóricamente como un “regreso al pasado neoliberal y autoritario”.

El artículo de William I. Robinson comparte, en cierta medida, el gesto de identificar rupturas en procesos que, en apariencia, tendrían elementos de continuidad. Así, distingue radicalmente el ciclo de gobierno de Daniel Ortega luego del triunfo de la Revolución Sandinista, del ciclo iniciado en 2006, de cuyo análisis concluye una profundización del modelo neoliberal y la implementación de formas de dominación a las que caracteriza como una franca dictadura. Por último, el trabajo de Patricia Pensando Leglise desarrolla un exhaustivo análisis del gobierno de Andrés Manuel López Obrador (A.M.L.O.) en México, indagando tanto en características de su discurso político como en las políticas desarrolladas en los distintos ámbitos de gobierno.

Víctor de O. P. Coelho también analizará un gobierno del siglo XXI (el de Bolsonaro en Brasil), pero a diferencia de los anteriores artículos –y en parcial sintonía con el de Cannon– aborda el fenómeno de un “populismo de derecha”, definición con la que también interpreta el ciclo neoliberal brasileño de los noventas.

Esta descripción –apretada y un tanto esquemática– ayuda a hacerse una idea general sobre el contenido de este libro, pero no hace justicia con la complejidad que lo estructura. Es pertinente para este texto la indicación hecha por Waldo Ansaldi a propósito de la obra *Calidoscopio latinoamericano. Imágenes históricas para un debate vigente*: “Cada capítulo es una de las imágenes del calidoscopio, tanto como uno de los objetos de figura irregular que se mueven y combinan de diversas maneras para formar las cambiantes imágenes. Es tarea de las lectoras y lectores –quienes, en definitiva, mirarán y moverán el calidoscopio– dar forma a las imágenes” (Ansaldi, 2004: 26).

Esto se debe, en buena medida, a la naturaleza intrínsecamente escurridiza y conflictiva del término que define la problemática de este libro: populismo. Esa naturaleza equívoca, hace que en nueve sencillas letras se condensen un conjunto de debates históricos, políticos, teóricos, metodológicos y epistemológicos difíciles de abordar de manera aislada.

Ni los trabajos de corte más teórico, ni aquellos centrados en análisis históricos de casos pueden prescindir de ciertas preguntas que definan el fenómeno: ¿Qué es el populismo? ¿Es posible definirlo teóricamente? Y, si así fuera, ¿cuál sería su objeto? ¿Puede un mismo concepto dar cuenta de fenómenos históricos en distintos tiempos y lugares? Y si así fuera, ¿de qué aspectos de la totalidad social debiera dar cuenta ese concepto para tener alguna relevancia explicativa?, ¿de una lógica política, de un patrón de acumulación, de unas formas de dominación, de todo ello junto?

Como es lógico, las diferentes respuestas dadas a estos interrogantes (de manera explícita o implícita), conllevan otras tantas maneras de plantear problemas históricos y políticos, y de resolverlos.

Como cada uno de los artículos termina por desplegar todos estos problemas (con distintos énfasis, con mayor o menor explicitación), este libro admite distintos caminos, distintas maneras de ser recorrido. Es un material riquísimo para indagar en distintas tradiciones teóricas, perspectivas analíticas y estrategias metodológicas para definir y estudiar históricamente el fenómeno del populismo, tal como lo ponen de relieve en su presentación del libro Rodolfo Gómez y Pablo Vommaro. Es, también, un material que se ofrece para un cierto balance de las potencialidades y límites del último ciclo de gobiernos progresistas en América Latina, en la medida que contiene caracterizaciones sistemáticas y exhaustivas de todas sus experiencias más importantes. Es, por último, y no menos importante, un material imprescindible para ayudar a comprender la coyuntura regional y mundial crítica por la que atravesamos.

REFERENCIAS

Ansaldi, Waldo (comp.) 2004 *Calidoscopio latinoamericano. Imágenes históricas para un debate vigente* (Buenos Aires: Ariel).



Boletín del Grupo de Trabajo
Izquierdas y luchas sociales en América Latina

Número 8 · Abril 2024